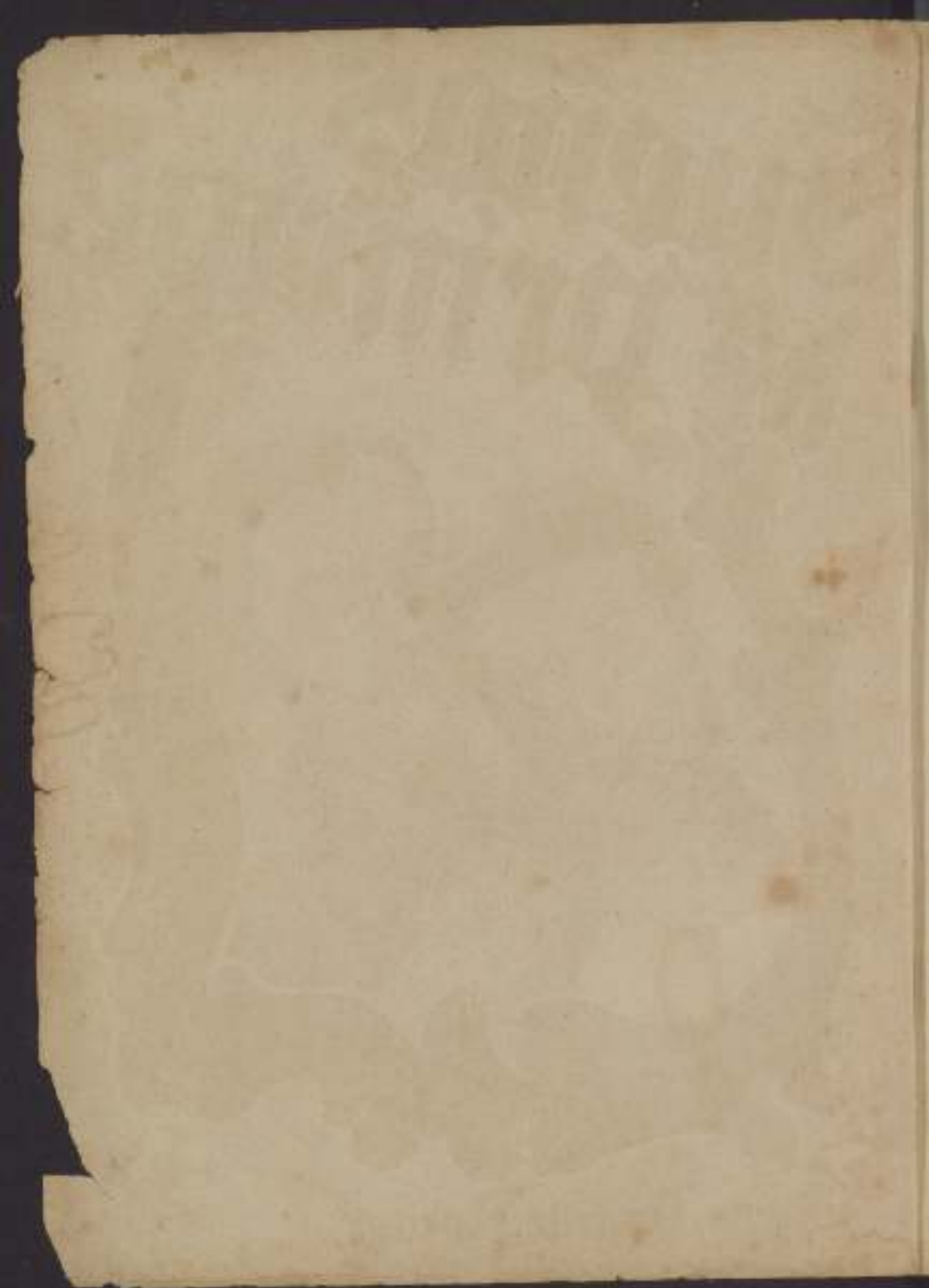


Suprême de l'Amour



Charles Boyer + Danielle Darrieux





Núm 18

SUEÑOS DE PRÍNCIPE
(MAYERLING)

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

EDICIONES BISTAGNE

**EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS**

Serie Triunfo

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 bis - Teléfono 18841 - BARCELONA

SUEÑOS DE PRINCIPE

(MAYERLING)

Magnífica producción cinematográfica, sentimental y dramática

Dirección de

ANATOLE LITVAK

Es una exclusiva de

SELECCIONES CAPITOLIO

S. Huguet, S. A.

Provenza, 292. — BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

Inspirada en la novela histórica de

CLAUDE ANET

Diálogo original: J. KESSEL

Dirección artística: Mme. Von CUBE

Principales intérpretes:

CHARLES BOYER

y

DANIELLE DARRIEUX

Figuran en el reparto:

MARTHE REGNIER — YOLANDA LAFFON — SUZZI
PRIM — GINA MANES — ODETTE TALAZAC —
MANE GERMON — ASSIA — RIBES — GABRIELLE
DURZIAT — JEAN DAX — DEBOUCOURT — ANDRE
DUBOSC — BERGERON — SOKOLOF — AÏMOS —
SIMSON — FOUCHE — DAVY — BERLIOZ y LEDOUX
Música: Arthur HONNEGER

Canciones: H. MAY

Dirección musical: Maurice JAUDERT

Fotografía: THIRARD — ISNARD

Sonido: SIVEL

Decorados: PIMENOFF

Asistente: MONTIS

Montaje: RUST

Director de producción: W. LOEWENGER

Producción: NERO FILM

Versión en español: Francisco-María BISTAGNE

Sueños de Príncipe

(Mayerling)

Argumento de la película

El Emperador Francisco José se paseaba a largos pasos por el despacho imperial. Cuando el Presidente del Consejo entró en él, volvió la cabeza y le dijo en un tono tajante que no disimulaba su desagrado:

—Le espero desde hace cinco minutos, querido Conde.

—Vuestra Majestad se servirá disculparme—replicó el Conde Taaffe haciendo una cortésana reverencia—. Pero ciertas detalles me han detenido más de lo que imaginaba. Pongo en conocimiento de Vuestra Majestad que todo

está listo para las fiestas de la boda: el cortejo, los carruajes, las ovaciones, la policía... todo, señor.

—Está bien. ¿Qué más tiene que decirme?—inquirió Francisco José mirando fijamente al Conde Taaffe, que se había quedado en actitud respetuosa, pero que evidenciaba bien claramente que algo tenía que comunicar a su emperador.

—Séame permitido llamar la atención de Vuestra Majestad sobre las intolerables manifestaciones de los estudiantes.

—¿Persisten aún?

—Cada vez más. Y cada día con con mayor violencia —replicó el Conde mirando a su vez al Emperador para adivinar el efecto que le producían sus palabras—. Me permito señalar muy especialmente a Vuestra Majestad la campaña que no cesa de hacer el señor Szeps en su famoso órgano liberal... Alcanza siempre los últimos límites permitidos sin sobrepasarlos nunca... y nada podrá hacer contra él sin apartarme ligeramente de la legalidad...

El Conde Taafe calló unos segundos para que sus palabras se infiltraran bien en el ánimo del Emperador, y luego, con mayor reticencia, yendo derecho a su objeto, añadió:

—Pero Szeps sería menos imprudente si no se sintiese apoyado en altas esferas...

—¿Qué quiere usted decir?—gruñó Francisco José con violencia—. No me gustan las frases encubiertas. Concrete lo que quiere decir. ¿Sabe usted algo?

—No es más que una impresión, señor; pero creo que se ve con demasiada frecuencia al señor Szeps en Palacio Imperial... del lado de las habitaciones del Príncipe...

Francisco José, que había comenzado a tomar su desayuno, se volvió a su ayuda de cámara y le preguntó,

sin hacer caso de lo que el Conde Taafe le acababa de decir:

—Alberto, las pastas tienen otro gusto que de costumbre. ¿Se ha cambiado acaso, sin avisarme, de proveedor?

—Pido mil perdones a Vuestra Majestad, pero el panadero está enfermo.

—Y cuando está enfermo sus pastas no se pueden comer... ¿Dónde estábamos?—inquirió dirigiéndose de nuevo al Conde Taafe.

—Majestad, se trataba de Szeps y de sus visitas...—insistió el primer ministro.

—Si la memoria no me es infiel—corrigió Francisco José, que cuando no quería tratar un asunto sabía evadirlo certeramente—, hablábamos de los estudiantes... de sus alborotos, de sus protestas... ¿Y qué piensa usted hacer con ellos?

El Conde Taafe tenía la sagacidad suficiente para comprender cuándo le convenía callar, y, aunque le interesaba sobremanera señalar con Szeps, aquel periodista que excitaba los ánimos con sus artículos apasionados y disolventes, contestó con la más perfecta calma, como si no recordara a Szeps ni le importaran sus maquinaciones:

—¿Vuestra Majestad me autoriza a recurrir a la fuerza para acabar con los desmanes de los estudiantes?

El Emperador hizo un gesto afirmativo tras un breve instante de medita-

ción y el Conde Taaffe salió del despacho imperial habiendo conseguido, si no lo que se proponía, por lo menos dar un paso en el camino que se había propuesto seguir.

* * *

Bajo las órdenes del Jefe Superior de Policía, al que el Conde Taaffe había hablado personalmente, se hicieron en toda Viena grandes redadas de estudiantes alborotadores que conspiraban contra el régimen, que se permitían criticar la política del Emperador y que estaban dispuestos a hacer caer al Gobierno si el Gobierno no tuviera fuerza suficiente para acabar con aquellos desmanes que turbaban la paz de la ciudad.

Cogidos en redada los estudiantes iban compareciendo ante la Policía, que revisaba los documentos, averiguaba nacionalidades, preguntaba actividades políticas y, según las contestaciones y según la fecha de cada individuo, les dejaba en libertad o les encerraba en un calabozo para que tuvieran tiempo de meditar y de entrar en razón, si no de grado, por fuerza.

Después de haber desfilado algunas docenas de estudiantes, el Comisario se encontró con la documentación de un periodista y alzó los ojos sorprendido:

—¿Cómo... Szeps, el director del nuevo diario de Viena?—preguntó, mirando al individuo que le acababa de entregar sus documentos.

—Sí, señor —contestó el aludido disimulando una leve sonrisa de irónica burla.

—Y... ¿cómo se hallaba usted en el motín estudiantil?

—¿Yo...? Pues... como paseante, simplemente como paseante —replicó Szeps con calma.

—Haga el favor de ponerse a disposición de la Policía para que investigue su caso, señor Szeps—dijo el Comisario. Y añadió: —¡El siguiente!

Compareció ante él un muchacho arrogante, alto, fuerte, bien plantado, de grandes y oscuros ojos señadores, envuelto en la capa estudiantil, descubierta la cabeza de pelo negrísimo y camarado, altiva la frente, que tenía como un sello de nobleza y distinción.

—Los papeles—dijo el Comisario, un poco impaciente.

—No los tengo—contestó el interpellado.

—¿Sin papeles?... ¡Huummm!... A ver, su nombre.

—Rodolfo —contestó seriamente el joven.

—Este no es lugar para bromear—

replicó el Comisario impacientándose cada vez más ante la hostilidad no disimulada de aquel detenido—. ¿Rodolfo qué?...

—Rodolfo de Habsburgo — contestó con perfecta calma el joven.

—¿Cómo?... —dijo el Comisario poniéndose en pie confuso y emocionado—. ¿Rodolfo de Habsburgo?... ¿El Archiduque Rodolfo?... Pero..., pero... Monseñor... — balbuceó, mirando de soslayo un retrato del Archiduque que estaba a la cabecera de su mesa de trabajo, para comprobar el parecido y no ser víctima de alguna superchería.

El Archiduque Rodolfo sonrió con desdén. Estaba acostumbrado a aquel vasallaje, a aquella cortesanía que inspiraba su nombre y que a él le daba asco, porque él quería ser estimado, respetado por sí propio, no por su linaje y su cuna, que él no había elegido.

Pronto corrió en la Corte la noticia de que el Archiduque Rodolfo había sido detenido en una refriega estudiantil. Y el Emperador, encendido

de enojo, llamó al Archiduque y le reprimió su proceder, su conducta tan poco en consonancia con su pricipia; su afición a huir de la Corte cuando su vida, su porvenir, su pasado y su presente en la Corte radicaban.

Rodolfo escuchaba pacientemente a su padre. Estaba acostumbrado a aquellos discursos grandilocuentes de Francisco José y le oía con la inalterable paciencia de quien sabe que es un deber escuchar y está decidido, al mismo tiempo, a no obedecer ni a seguir ninguno de los consejos que le dan.

—¡El heredero del trono de Austria y ese señor Sxeps, del brazo uno y otro, cogidos por la policía en una redada! —decía el Emperador paseándose a largos pasos por el despacho—. ¡Comprometerle tú con la plebe... con la hz del populacho!... ¡Tener amigos que combaten a la Monarquía, como ese señor Sxeps que es un liberalote repugnante! ¡Amigos que desean arruinar el Imperio!... ¡Y eso tú, el hijo del Emperador!

—No os enfadéis conmigo, padre mío —replicó Rodolfo con dulzura—. Yo sé lo que hago. A mi manera de ver, para reinar, hay que conocer al pueblo. Y para conocer al pueblo hay que vivir con él. ¿Cómo podré gobernar un día si no me muevo de las paredes de este palacio y no conozco las necesidades, las miserias, los anhelos de este pueblo que es el mío?

—Deja que los demás estudien al pueblo por ti... Tú tienes mejores cosas en que ocuparte. Tus secretarios, tus ministros, tus policías harán ese trabajo que quieres hacer tú solo. A ti no te importa el pueblo, porque ya tienes a sueldo del Estado a gentes que por obligación se han de ocupar del pueblo.

—¡Los que están a sueldo, padre mío, no pueden poner en su cometido el cariño que yo mismo ponga! ¡Y no podré ser un buen emperador si antes no he sabido conocer bien a mi pueblo!

—Siempre serás un idealista... —contestó Francisco José—. Pero encuentro de un mal gusto refinado que la víspera de tu boda frecuentes ciertas reuniones con ese Sreps que te ha sabido cultivar con sus ideas de democracia, en vez de ocuparte como debieras de tu novia...

Hizo Rodolfo un vago gesto de disgusto y murmuró con el rostro ensombrecido y los ojos llenos de tristeza:

—¡Oh, por favor, padre, no me obliguéis a hacer de galán al lado de una mujer que me habéis impuesto por razones de Estado! Sois vos quien habéis querido esta boda...

—Sí, la he querida yo y he obrado por el bien de la Corona y por tu dicha.

—¿Por mi dicha?... —contestó Rodolfo precipitadamente. Y, dando un hondo suspiro, añadió—: Desgraciada-

mente, no se pueden conciliar una y otra... Desde mi infancia lo he visto en los ojos de mi madre...

—¿Se ha quejado alguna vez acaso? —interrogó Francisco José, como poniendo por ejemplo a su hijo aquella mujer que nunca pudo hallar la felicidad al lado del hombre a quien también la habían unido por razones de Estado.

—Tampoco yo me quejo. He aceptado aparentemente a Estefanía, porque Vos, señor, así lo habéis querido por el bien de la Corona... Pero no me felicitáis a parecer un esposo locamente enamorado e intensamente feliz... ¡Eso no podré hacerlo nunca!

—Rodolfo... ¿Acaso existe ya una mujer en tu vida? —preguntó el Emperador, dulcificando un poco el tono.

El Archiduque sonrió con amargura y con repugnancia.

—¿Una?... —dijo en un tono de profundo desprecio—. Tengo diez, ciento, todas las que quiero y las que no quiero... Soy Archiduque. Soy el heredero del trono de Austria. Las mujeres se rinden a mí hasta hacerse coger asco de ellas mismas... Pero, as lo suplico, padre mío, no hablemos de esto... Me caso con la Princesa Estefanía... tendré un heredero que quizá será menos desdichado que yo... Los intereses del Estado estarán salvaguardados. No me pidáis más, no me pidáis más...

Rodolfo saludó respetuosamente al Emperador y, con el alma inundada de amargura, salió del despacho de su padre para ir a encerrarse en sus habitaciones y esperar, desvelada, la mañana del día de su boda, soñando en la dicha que para todos los mortales que no tuvieran que cumplir "razones de Estado" representaba aquella mañana, y llorando por sí mismo, que esperaba como un castigo lo que para tantos era la dicha suprema de toda la vida.

La ceremonia nupcial fué maravillosa. Todas las galas del palacio imperial lucían como en los días más solemnes. La Corte entera asistió a los desposorios. Y las reverencias de ritual se hicieron aquel día más acentuadas ante el Príncipe heredero, que estaba más apuesto que de costumbre, más arrogante, y también más lejano, más triste, más ausente que en días ordinarios.

El cortejo desfilaba por el gran salón de recepciones. Abría la marcha el Chambelán con su largo bastón de man-

do. Seguía los alabarderos y guardias imperiales. Venía luego la novia, pálida, emocionada, de brazo del Emperador, con su vestido blanco, que disimulaba la fealdad de su rostro, con la cola larguísima sostenida por tres encantadoras chiquillas de la más alta nobleza austríaca, y el simbólico ramo de azahar entre sus manos enguantadas. Inmediatamente seguían el Archiduque Rodolfo que daba el brazo a la Emperatriz, a la triste Emperatriz, que sonreía cortésmente a uno y otro lado mientras su alma estaba lacerada por el dolor de su vida sin cariño, árida, estéril, de mujer que se debe toda a las necesidades de un Trono y que no tiene jamás una hora de dicha íntima ni un minuto de calor de hogar.

—¡Qué bello espectáculo! —murmuró Rodolfo al oído de su madre, que sabía había de comprenderle en aquel momento que sin duda le evocaba la tristeza del día de su propia boda.

—Nadie se sustraе a su destino, hijo mío —replicó la madre con dulzura—. Quiera Dios que el tiempo y la vida te hagan comprender que nuestro camino está trazado ya de antemano por la ley del destino y que es inútil querer apartarse de él.

—Quiera Dios, madre mía —contestó Rodolfo, en voz muy baja para que nadie más que su madre pudiera escuchar sus palabras—, que no encuentre jamás un gran amor, un amor verdade-

ro, un amor como he soñado encontrar tantas veces y que nunca ha cuajado en mi corazón...

Diluviaba. Parecía que el cielo estaba empeñado en volcar sobre la tierra toda el agua de sus aljibes. Borbotaban las gotas sobre las piedras de la calle y gruesos chorros caían por las gárgolas de los tejados.

Agazapados en el hueco de una puerta, calados hasta los huesos, los dos policías comentaban un poco filosóficamente su suerte:

—¿Qué oficio el nuestro! —decía uno al otro—. Estoy calado como un pez. Si esto dura mucho, creo que tendré que convertirme en animal acuático o pereceré de tanta humedad como hay a mi alrededor.

—Y... ¿no to has fijado que cuanto más llueve en la calle más se divierten ahí dentro? —dijo el otro, señalando la casa que tenían a su izquierda y de cuyos ventanales salían raudales de luz.

—¡Ya estamos bien hasta la madrugada!... ¡Ah, si todos esos pájaros que están ahí tuvieran que estar en nuestro

lugar, a buen seguro que no tardarían tanto en retirarse a dormir!

—Pero hombre, no seas gracioso y no olvides que tenemos el honor de velar por la persona de Su Alteza el Archiduque. Mira... mira, ahora llegan nuevos clientes... —añadió viendo llegar a la puerta de la casa un coche del que descendieron dos caballeros—. Creo que uno es el Conde de Heyos... Siempre beben juntos el Archiduque y él.

—Como tú y yo, ni más ni menos... ¿Y el otro quién es?

—El coronel del cuarto Regimiento de Húsares, el Barón de Grabbe.

—¿Grabbe?... Deja que apunte el nombre en mi diario... ¡Toma, si es 10 de mayo! —exclama el agente de la autoridad.

—¿Y qué?... ¿Qué pasa? —pregunta el otro, sacudiéndose como pudiera hacerlo un perro de agua.

—¡Que hace cinco años justos que se casó el Archiduque!... ¡Si yo no apareciera por casa el día del aniversario de mi boda, habría que ver cómo se pondría mi mujer!

—Tenemos plantón hasta el alba, porque al Archiduque no creo que le interese mucho celebrar con su mujer el aniversario de boda...

Efectivamente, el Archiduque Rodolfo se había olvidado por completo de que fuera 10 de mayo y, aunque lo hubiera recordado, no hubiera dormido en palacio aquella noche, como no dor-

mía casi ninguna noche del año. El Archiduque Rodolfo quería aturdir su aburrimiento, embotar sus sensibilidades exquisitas, matar su espíritu ansioso de ideales, en la materialidad de una vida que le causaba repugnancia, pero que a veces le resultaba menos penosa que la quietud y el ceremonial de la Corte.

Y por eso, noche a noche, iba a lugares de diversión y de orgía a emborracharse de vino, a entregarse en brazos de mujercuelas fáciles, a aturdirse entre amigos que le halagaban y le incitaban a aumentar sus vicios y a buscar el olvido de sus ansias de ideal en el barro nequísimo de una sociedad completamente corrompida.

Aquella noche, los oficiales de su regimiento se habían reunido a él en el gran salón reservado y habían desde entrada la noche, después de haber hecho una suculenta cena rociada también con los mejores vinos del Rin.

Exhaustos todos por la orgía, ahorrándose a su pareja, entorpecidos por el vino y por el amor, cantaban a coro balanceándose al compás de la música que los ringaros hacían sonar desde un ángulo del inmenso salón:

El amor y el vino,
un par de Dios,
¡Hay, el gozar!
mañana el drama.
¡Viva el placer!
¡Sabemos vencer
al enemigo y a la mujer!

¡Beber! ¡Beber!
¡Para mejor beber, beber!
¡Cantar! ¡Cantar!
Por la Patria y por la Gloria.
¡Andar! ¡Andar!
Amor lleva a la gloria,
pero para ser audaz
hay que saber amar.
¡Amistad también!
¡Beber!...

El Conde de Hoyos, que acababa de llegar al salón, buscó con la mirada al Archiduque Rodolfo. No le vió entre los comensales que estaban todavía en torno a la mesa. Ni entre el grupo que cantaba a voz en grito balanceándose al son de la música. Le vió tendido en un diván, solo, con el gesto fatigado, desabrachado la guerrera, enmarañado el pelo, los ojos vagando siempre por aquellas lejanías a las que nadie había conseguido nunca llegar, lejanías espirituales en las que se perdían los sueños del Príncipe y de las que quería huir aturdiéndose en aquella vida de crápula que era el escándalo de toda la Corte.

Acercóse el Conde de Hoyos al Archiduque y le dijo saludándole respetuosamente:

—¿Estáis cansado, monseñor?

—Me aburro, José; me aburro mucho —replicó el Archiduque, hostigado conscientemente y mirando en torno suyo con una mirada de desdén y de asco.

Levantóse Rodolfo del diván, se abrochó la guerrera y se disponía a salir del salón, cansado ya de aquella fiesta

que había hecho organizar para distraerse y en la que se había aburrido soberanamente.

—¿Nos vais a dejar ya, monseñor? —preguntó uno de los invitados.

Rodolfo no contestó. Se acercó a la mesa, se hizo servir otra copa de champán y, cuando la iba a llevar a sus labios, le detuvo el gesto el Conde de Hoyos, diciéndole en tono de súplica:

—Os lo ruego, monseñor, no sigáis bebiendo... Debéis entrar de servicio a las ocho...

—¿De servicio? —preguntó el Archiduque extrañado.

—Sí, monseñor... Estamos a 10 de mayo.

—¿Y qué?

—Que es el aniversario de vuestra boda...

—¡Ah, gracias, José, gracias!... ¡Es verdad!... ¡Aniversario feliz! —exclamó Rodolfo con irónica alegría—. Señores... —añadió, dirigiéndose a todos los comensales—, al parecer, es hoy el aniversario de mi boda... Me pedisteis un brindis... ¡He lo aquí!... ¡Por los muy felices esposos! —gritó, alzando la copa, en medio del más profundo silencio, pues todos habían quedado embobados ante aquel brindis inesperado y a todos les atenazaba la lengua la embarazosa situación, conociéndose públicamente, como se conocía, no sólo en todo Viena, sino en todo Austria e in-

cluso en el extranjero, la desavenencia absoluta entre los novyuges.

—¿Cómo? —añadió Rodolfo con su lengua un poco torpe mirándoles extrañado—. ¿No contestáis a mi brindis? ¿No queréis beber por mi eterna felicidad?...

—¡A la salud de Sus Altezas Imperiales —gritaron unas cuantas voces para romper aquel silencio que se hacía irresistible.

Rodolfo bebió y ofreció su misma copa a la muchacha que había venido a sentarse sobre sus rodillas, y, cuando ésta hubo bebido entre risas y besos, le dijo, acariciándole el rostro:

—¿Y tú, Marinka, no vas a cantar en honor de este acontecimiento?

—No tenéis más que mandar, monseñor —replicó la muchacha dirigiéndose a la orquesta, para ordenar lo que debían tocar.

—¿No ha venido todavía Saepe? —preguntó en voz baja Rodolfo al Conde de Hoyos.

—Todavía no, monseñor.

Rodolfo hizo un gesto vago de contrariedad y escuchó la voz de Marinka que comenzaba a cantar en tono cáldo, apasionado, vibrante, la siguiente canción:

¿Por qué te quitan?
¿Por tu mirar
o tu pelo sin par?
¿Por el mapa son de tu voz?
Sí... ¿por qué?
¿Por un festín,
por tu caudal,

por tu desdén,
por tu prestigio imperial?
¡Oh, no, no!
Por qué te amo
tú no lo sabrás jamás.
¿Lo sé yo misma?
Me basta con querer.
¿Por qué te amo?
No lo quiero tú sabes.
El olvido en mis brazos está.

Había venido Marinka desde el fondo del salón hasta el lado de Rodolfo, se había sentado sobre la mesa, frente a él, y le decía las frases de la canción como si a él solo fueran dirigidas. Había tal tono de sinceridad en aquella voz grave y entristecida, había tal expresión en las palabras, que Rodolfo se dejó sugestionar por ellas y, acercándose a Marinka con los ojos, le preguntó, al terminar la canción:

—Linda Marinka... ¿Es verdad que sueñas conmigo algunas veces?... Eres bonita y me quieres... ¿verdad, Marinka?

—¡Oh! —murmuró la muchacha alejándose de los brazos que intentaban sujetarla—, tú me abandonarás pronto, como todos los demás... Los hombres nois todos igual...

—¿Quién conoce el destino, Marinka?... ¿Conoces tú lo que puede pasar?... Ten confianza en el destino... como yo confío en ti... —murmuró Rodolfo, viendo alejarse a la ríngara, que, reprimiendo sus lágrimas, había salido del salón.

—Es muy celosa, monseñor —expli-

có uno de los oficiales para consolar a Rodolfo de aquel desprecio que acababa de hacerle la ríngara.

—No quiere que se diga... pero es ama con locura, monseñor —añadió el Conde de Hoyos, queriendo halagar al Archiduque.

—¡Con locura! —exclamó éste con dardén, sin creer en el amor, porque nunca lo había encontrado en la vida y porque no podía creer que existiera veraz y eterno como un dios.

Marinka, al salir del salón, bajó precipitadamente al amplio vestibulo del palacio donde la estaba aguardando un policía.

—¿Qué... ha venido ya? —le preguntó ansioso éste.

—¡No, no ha llegado aún! —replicó Marinka mirando a todas partes por temor de ser sorprendida en aquella conversación que podía descubrir su verdadera personalidad.

—Es el preciso instante que llegue, he de ser prevenido, ¿oyes?

—¿Estará usted aquí?

—Sí, me quedaré aquí el tiempo que sea necesario. Quiero ser yo mismo quien detenga a Szepa.

—De acuerdo...

—¡Perfectamente! —exclamó la voz de Rodolfo, que, habiendo sorprendido algo extraño en la actitud de Marinka, la había seguido y había escuchado desde lo alto de la escalinata aquella conversación y que bajó corriendo hasta

ellos—. Muy bien, Marinka, muy bien... Cantas para archiduques, pero cantas mejor aún para los policías... Te finges muy bien una mujer ligera y no eres sino un número más de la Policía... "Zingara de la Policía"... Deberías indicarlo en tus programas, nombrando también a tu jefe... de orquesta. Y a ti... ¿quién te envía? —preguntó, encarándose con el policía, que se había quedado livido al ver aparecer a su Príncipe.

—Alteza... —replicó éste humillando la frente y sin saber qué contestar.

—¡Alteza!... ¿Soy acaso el Archiduque heredero para ti?... No; soy solamente una pieza a la que seguís como si fuera un ladrón o un criminal... ¿Quién te envía? ¡Vamos, habla, habla!... ¿O quieres que te arranque las palabras de la boca? —gritaba el Archiduque desatempladamente, cogiendo por las solapas al policía y sacudiéndole como si fuera un pelele.

—Monseñor... os lo suplico... —murmuraba el infeliz temblando.

—Tienes miedo, ¿eh?... ¡Temes al Presidente del Consejo!... ¡Es Taase quien te envía!... ¡Es Taase quien te ha convertido en sabueso!... ¡Es Taase, lo sé, confíesalo!

—Monseñor...

—Ni el valor tienes de confesar... ¡Canalla!... ¡Vete!... ¡Me repugnas como un reptil! ¡Ah, y tú, Marinka, toma, toma antes de marcharte! —añadió

arrojando un puñado de billetes a los pies de la zingara—. No quiero que pierdas el dinero por el cual me has vendido...

Era Taase, en efecto, el que hacía seguir constantemente los pasos del Príncipe. Tenía destacados a los policías para que hora a hora, minuto a minuto, supieran qué era lo que hacía el Archiduque Rodolfo, con quién se relacionaba, qué clase de casas frecuentaba y cuáles eran sus pasos por la ciudad. Quería Taase averiguar qué relaciones unían al Archiduque con aquel periodista que estaba envenenando al país con sus artículos liberales y democráticos, pues estaba seguro de que tras Saepe estaba la sombra del Archiduque Rodolfo, sin la cual no podría el periodista trabajar tan a sus anchas ni conocer todos los recados de la política del Gobierno que Taase presidía y que estaba dispuesto a no dejarse arrebatar de las manos, fuese a costa de lo que fuera.

* * *

Aquella noche paseaba el Archiduque Rodolfo con su inseparable amigo Saepe, con el único que sabía compren-

derle y que, halagando los instintos dormidos que llevaba en el alma el joven príncipe, trabajaba para alcanzar su lucro y su triunfo personal a través de aquel muchacho soñador, idealista, fantástico, que quería gozar de la vida y se encontraba siempre frente al muro de hielo que alzaba en torno suyo su propia prurupia.

—Ya no puedo más, Szepa —decía el Archiduque mientras vagaban los dos por las amplias avenidas del parque vienes—, Ya no puedo más... Lo acaecido la última noche ha colmado mi paciencia... No comprendo ese empeño en seguirme, en espiarme, en perseguirme como si fuera una fiera acosada...

—No penséis más en ello, monseñor.

—¡Ah, Szepa, estoy cansado de vivir así, entre falsedades y mentiras! Me tienta el ansia de libertad, de vivir yo solo mi vida, de marchar lejos, muy lejos, donde no puedan alcanzarme los manejos de la policía. Tentado estoy de embarcar con rumbo desconocido, de desaparecer... Me siento siempre espiado... Estoy seguro de que en este momento mismo los policías nos están siguiendo... Los presiento sin haberlos visto...

—Señor, no os preocupéis de ello... Pensad únicamente que hoy es noche de feria, que estáis en el más bello lugar de Viena, de incógnito, y que podéis gozar del placer de la noche como el más simple de los mortales... No pen-

séis en vuestra cuna ni en las asechanzas que tiende en torno vuestro la política... Vivid, gozad como el más insignificante de los hombres...

—¡Ah, si eso pudiera ser cierto! —exclamó el joven príncipe, dejándose caer en una silla, en un apartado rincón de uno de los muchos merenderos que poblaban la feria.

—¿Y por qué no habéis de serlo? ¿Acaso ahora os sentís Archiduque o únicamente hombre?...

—Tienes razón... En estos momentos, alejado de la Corte, lejos del Palacio imperial que parece aniquilarme entre sus graciosos paredones, respiro con libertad, me siento más ligero, como si fuera otro yo el que anduviera por el mundo, como si el Archiduque Rodolfo se hubiera quedado dormido en su gran lecho de plumas y aquí estuviera únicamente su espíritu soñador y romántico viviendo una vida aparte en absoluto de la que ha de vivir cuando está encerrado en su caparazón de archiduque... Esto es ya la única distracción que me queda, Szepa...

—Esto... y las mujeres —contestó el periodista en tono insinuante.

—¿Las mujeres?... ¡Oh las mujeres! —suspiró Rodolfo con desgracia—. Todas me decepcionan, me molestan... Se dan a mí como se darían a cualquier otro que pagara igualmente sus caprichos... La vanidad o el interés guían todos sus actos, no otra cosa, y

así es muy fácil obtenerlas... En estas condiciones, las mujeres resultan muy aburridas, muy monótonas...

—Pero, monseñor... no todas son igual... Puede haber alguna que sepa entrar en el corazón de monseñor y hacerle vivir una nueva vida...

—¡Oh, Szeps, acaso tengas razón!... Podríamos hacer la prueba —dijo Rodolfo, mirando fijamente a aquel hombre—. ¿Y... si empezáramos con tu hija...?

—¿Mi hija? —inquirió Szeps sobresaltado.

—¿Por qué no? Es bonita, es joven...

—Demasiado joven, señor, demasiado joven... —murmuró Szeps desconcertado y temeroso—. Además, no es vuestro tipo... no, claro, monseñor... no es vuestro tipo... Lleva gafas, que la afean... Luego, luego su andar es...

—No digas más, Szeps —rió Rodolfo estrechando la mano de su amigo—. Brumaba... No me interesa tu hija...

Los ojos de Rodolfo estaban fijos en algo que debía de llamar mucho su atención, porque se iban dilatando cada vez más en una expresión de anhelo, de ansia, de infinita curiosidad. Szeps dirigió la mirada al lugar donde estaban clavados los ojos del Archiducado y distinguió entre la multitud a una joven, una niña casi, de cara perfecta e inmensos ojos luminosos, que

estaba parada mirando a todas partes, como si buscara a alguien, como si se hubiera perdido, como si fuera una niña de cuento de hadas extraviada en la inmensidad de un bosque poblado de lobos y gigantes.

—Fíjate, Szeps, fíjate en aquella mujercita... ¡Es deliciosa!... Espérame... —dijo el Archiducado poniéndose en pie como hipnotizado por el magnetismo de aquellos ojos que veía a lo lejos y marchando derrochamente en dirección a la chiquilla que le había despertado de su letargo de gran señor.

Aquella deliciosa criatura se vio pronto acosada por un desconocido que creyó fácil la conquista y que se acercó a ella diciéndole en tono meloso:

—¿Está usted sola en la fiesta, señorita?

—No... no... —contestó presurosa la niña, mirando con miedo a aquel hombre que le dirigía la palabra.

—No se asuste usted, cariñito, no tema... Soy muy generoso, ya verá, venga conmigo y le compraré cuanto desee... porque supongo que nadie la espera en la feria y que podría usted perderse por el vericuesto de las barracas y de las atracciones...

—¿Con qué derecho importuna usted a esta señorita? —preguntó una voz a espaldas de la niña, encarándose enérgicamente con el desconocido.

El hombre se turbó y balbuceó unas excusas:

—¡Ah!... Ella... Yo... Usted... Yo creía que estaba sola... y que me agradecería que la acompañara...

—La echcita no necesita compañía, porque va conmigo... ¿Se enteró usted?

—Sí... sí, ¡oh, claro que sí!... Comprendo... Yo... yo... Disculpeme —acabó diciendo, saludando a la niña y alejándose precipitadamente por temor a que se desarrollara una verdadera tragedia si seguía insistiendo.

—Disculpeme a su vez... —dijo Rodolfo inclinándose respetuosamente ante aquella chiquilla que miraba con ojos asustados a todas partes y que, al fijarse en el rostro del que había venido a defenderla, cambiaron la expresión de susto con una de infinito agradecimiento.

—¡Oh, señor, gracias!... Pero... ¿por qué dijo usted que...? Usted no me conoce... Ha mentido usted por defenderme...

—Una mentirilla vale más que una gran insolencia. ¿No es cierto? —preguntó Rodolfo sonriendo a la niña, que le devolvió la sonrisa con toda ingenuidad.

—¡Oh, sí!... ¡Esa horrible! —añadió, refiriéndose a su conquistador sin escrúpulos.

—¿Ve usted como hice bien en mentir?

—Le doy las gracias —replicó la niña con una graciosa inclinación.

—No, no, sería el colmo... Las gra-

cias tendría que dárselas yo a usted... Pero... es usted demasiado joven para pasear sola por aquí... ¿Cómo se ha arriesgado a venir sola...?

—No acostumbro pasear nunca sola —replicó la niña prontamente y adoptando un aire de seriedad e importancia que divirtió mucho a Rodolfo—. He venido con mamá, mi hermana y mi primo... Pero ha habido un barullo enorme y las he perdido. Luego...

—Luego la he encontrado yo y me siento feliz de poder ayudarla a buscar a sus compañeras de paseo. ¿Quiere aceptar mi brazo para que vayamos juntos en su busca?

—¿Aceptar...? ¿Con usted?... —balbuceó la niña. Pero, fijado sus ojos negros y dulcísimos en los ojos del Archiduque, debieron éstos inspirarle una gran confianza, porque ingenua, muy niña, replicó, apoyando levemente su mano en el brazo del que para ella era un perfecto desconocido: —¡Bien, sí, acepto... Vamos juntos a buscarlas.

Marcharon por entre la muchedumbre. Rodolfo contemplaba aquel rostro perfecto de líneas, de angelical expresión; un rostro de mujer como nunca hasta entonces había visto, con una sonrisa que iluminaba el rostro y unas pupilas inmensas, negrísimas, que miraban con candor, con ingenuidad y con ternura al mismo tiempo, y se admiraban de cuanto veían en torno suyo.

Rodolfo iba orgulloso con su pare-

ja. Y se complacía en detenerse ante todas las barracas para que la chiquilla se divirtiera a su placer, gozando él, un hombre cansado de todos los placeres de la vida, con el placer ingenuo de ver reír a aquella criatura por una nadería, de verla gozar con las cosas más nimias, como si para ella todo tuviera un encanto nuevo e incomparable.

—No sé... es raro... cuando le miro me parece que le conozco a usted... —le dijo de pronto la niña, fijándose atentamente en su rostro.

Rodolfo la cogió más fuertemente del brazo y apresuró el paso sin contestar, temiendo que el encanto pudiera romperse al ser reconocido por aquella deliciosa criatura que en un instante le había hecho olvidar todos los dolores de su vida.

Se detuvieron ante una barraca de marionetas. En escena estaban el Príncipe Encantador y la Princesa Encantada. Se decían bellas palabras de amor. Se juraban eternas fidelidad y amor imperecedero. Y el Príncipe marchaba a anunciar al Rey su casamiento con la Princesa Encantada. Pero entonces venía el Diablo, envidioso de la dicha de aquellas dos seres, cogía a la enamorada Princesa y se hundía con ella en la profundidad de los infiernos para castigarla por el grave pecado de amar.

—¡Oh, qué malo es el Diablo! —exclamó la niña, que había permanecido en silencio durante toda la representa-

ción, vivamente interesada por lo que decían aquellos muñecos movidos por hábiles resortes—. ¡Qué tristeza que se haya llevado a la Princesa!

—¡Ah, castigada ha sido por su amor! —replicó Rodolfo, riendo feliz ante el entusiasmo de la deliciosa criatura.

—¿Castigada porque amaba?... A mí no me parece justo... Pero, Dios mío... ¿a quién me recuerda usted? —repitió la niña mirando fijamente de nuevo a su acompañante.

Rodolfo la tomó de la mano y marchó entre la multitud, procurando distraerla de aquella idea que la obsesionaba.

Ante el estanque, volvieron a detenerse. Allí estaba montada la barraca con los premios para el que acertara a meter en el cuello de los cisnes los aros que proporcionaban.

—A ver, si acierta... —dijo la niña, divertidísima al ver que su compañero tomaba unos aros y se disponía a probar fortuna.

Rodolfo apuntó y lanzó al aire un aro, que cayó al agua.

—¡Oh, no ha acertado!

—Probaré otra vez la suerte —replicó Rodolfo, volviendo a lanzar el aro, que cayó de nuevo al agua.

—¡Inútil empeño!... Falló, falló otra vez... —murmuró decencionada la niña.

—Pues estoy empeñado en ganar algo para podersele ofrecer —añadió Ro-

dolfo lanzando el último aro, que entró rápidamente en el cuello del cisne, que se agitó levemente al recibir el inesperado collar.

—¡Bravo!... ¡Bravo! — gritó la niña batiendo palmas con entusiasmo.

—Caballero, ha ganado usted un caramelo... Aquí lo tiene — dijo el hombre de la barrana entregando a Rodolfo un largo caramelo envuelto en papel de colores chillonas.

—¡Oh, gracias, qué suerte! Nos lo partiremos equitativamente, porque si he ganado ha sido por complacerla a usted... Tome, esta es su parte — dijo Rodolfo alargando a la niña el pedazo mayor.

—Gracias... Soy muy golosa — replicó ella comenzando a comer ávidamente. Pero, de pronto, se quedó parada y añadió con voz de susto: — ¡Ahí están... ¡Dios mío!... ¡Si mi madre me ve con un desconocido!... Me voy, me voy con ellas... Gracias por todo...

—¡Oh, quédese un poco más!... No la he visto a usted bien...

—No, no, es preciso que vaya con mamá... ¡Adiós y gracias! — dijo la niña alejándose unas pasos. Y, como si de pronto tuviera una idea luminosa, volvió sobre ellos, se acercó a Rodolfo y le dijo en tono triunfal:

—Ahora ya sé a quién se parece usted.

—¿De veras?

—Sí... Se parece usted mucho al Ar-

chiduque Rodolfo... Lo he comprobado apenas no me ha mirado usted — confesó la niña ingenuamente.

—¿Y le pesa que así sea? — inquirió Rodolfo, sonriendo levemente.

—¡Oh, no, al contrario! El Archiduque Rodolfo es un guapo mozo... ¡Adiós! — contestó la niña, que salió corriendo hacia el lugar donde estaba la madre.

—Pero criatura, ¿qué te ha pasado? ¿Dónde has estado medida todo este tiempo? — le preguntó la madre, tomándola de la mano y mirándola con reproche.

—Mamá, se buscaba... Aquel torbellino de gente me separó de vosotras... y como esto es un laberinto...

—Bueno, bueno, es tarde... Vamos a casa, que ya es hora de que os acostéis — replicó la madre, a la que todo le parecía excesiva diversión tratándose de sus hijas, a las que creía ver siempre en pañales y haciendo de ellas únicamente su única voluntad.

Rodolfo se quedó parado en el lugar donde ella le había dejado. La había visto correr ligera como una gacela y desaparecer con su madre, su prima y su hermana entre la multitud, pero él seguía allí, ensimismado, como si todavía contemplara la deliciosa visión.

Una voz le sacó de su sueño; la voz de Sseps, que, acercándose a él, le preguntó con ironía:

—¿Desde cuándo, monseñor, os gusta el turrón?

—¿El turrón?... ¡Ah, sí! — exclamó Rodolfo riendo y mirando el pedazo de caramelo que llevaba en su mano—. ¡Sí... realmente me ha gustado mucho! — añadió, refiriéndose a ella.

Y riendo feliz, acaso por primera vez en su vida, se colgó del brazo de su amigo y siguió paseando por la feria hasta cerca de la madrugada.

...

A la mañana siguiente, el viejo ayuda de cámara del Archiduque, el antiguo criado que le había visto nacer y lo había tenido en sus brazos y había gateado con él en la *nursery* de Palacio, abrió las maderas de la ventana, descorrió las cortinas y dejó que la luz brillante del sol entrara en la habitación del joven Archiduque.

—El señor se ha acostado muy tarde esta noche... — dijo, hablando en voz alta para despertarle.

—Sí, Loscheck; pero no es mía la culpa... Me aburre tanto de día cumpliendo con todos los requisitos del protocolo, que por la noche he de salir a divertirme.

—Bien lo sé, monseñor, bien lo sé — replicó el viejo, comprensivo y cariñoso—. ¡La vida no es muy divertida, monseñor, cuando se está en lugares tan altos como vos!

—Extraño tono el de tu voz, Loscheck — dijo Rodolfo saltando de la cama y mirando a su ayuda de cámara con una mirada de interrogación—. ¿Tienes que darme alguna mala noticia?

Loscheck tardó en contestar y, sin haberlo directamente, dijo:

—Esta madrugada vi al señor Szeps, antes de rayar el alba...

—¿Szeps?... ¿Vino aquí?... ¿Y por qué no le hiciste entrar?

—No quise despertar a monseñor... y él no pudo esperarse. Suspendieron su periódico después de un detenido registro y hay orden de arresto dictada contra él — explicó Loscheck con calma, mientras iba preparando la ropa de su amo.

—¿Orden de detención contra Szeps? — inquirió Rodolfo ensombrecido.

—Sí, señor, pero ha podido huir... Está en seguridad... Ha insistido mucho en recomendarme que Su Alteza no se inquiete por él...

—¿Pero es posible?... ¿Han usado...? ¡Oh, esta vez han extremado la nota y se acordarán de mí! ¿Quién llama? — añadió Rodolfo, oyendo que daban unos golpes en la puerta de la antecámara.

Loscheck fué a informarle. El ujier anunció con prosopopeya:

—Su Excelencia el Presidente del Consejo de Ministros, Conde Taafé.

—Monsieur está en el baño — replicó Loscheck—. Monsieur ruega al señor Conde que...

—Que pase — añadió la voz de Rodolfo desde el cuarto de baño—. ¿No has oído, Loscheck? ¡Ha dicho que pase!

Loscheck se hizo a un lado y dejó paso al Conde Taafé, que entró en la cámara del Príncipe. Loscheck explicó ante la mirada del Conde:

—Monsieur está en el baño...

Rodolfo apareció a media vestir.

—¿A qué debe el honor de esta visita... mañanera?

—Me he permitido molestar tan temprano a Vuestra Alteza para informaros personalmente y yo el primero, de las medidas tomadas por Su Majestad contra Szeps y su periódico.

—Sí, ya sé...

—Vuestra Alteza tiene buena policía informativa — replicó el Conde Taafé con ironía, mirando de soslayo a Loscheck—. Y por esta vez lo lamento, pues hubiera querido mostrar a Vuestra Alteza todo mi celo y sinceridad.

—Podéis evitaros pronunciar palabras cuyo sentido ignoráis, Taafé — dijo Rodolfo con reproche.

—Vuestra Alteza no es justo conmigo — replicó aquel viejo ministro, que

conocía todo el arte de la política—. Venía a proponer a Vuestra Alteza un arreglo... En el fondo, Vuestra Alteza y yo perseguimos un mismo fin, aunque vayamos por caminos distintos: el interés del país.

—¡Ah!... Ahora comprende — replicó Rodolfo sonriendo con profundo desdén—. ¡Es por el interés del país por lo que me proporcionáis mujeres equivocadas!... Y sin duda debe de ser también por el interés del país por lo que me hacéis espiar de día y de noche, a todas horas y en todos los lugares.

—Pero Alteza... no me guís otra desao que la mayor protección de Vuestra Alteza... — murmuró el ministro, queriendo congratarse con aquel que era su peor enemigo.

—¿Protegerme de quién?... ¿Contra quién?... No preciso más protección que contra usted, que es mi enemigo personal, y esa protección no es usted precisamente quien me la pueda proporcionar. Atiéndame usted, Taafé — siguió diciendo Rodolfo con una creciente energía—. Exijo que el diario de Szeps aparezca inmediatamente y que la orden de arresto sea revocada al momento.

—Pero, monsieur, esta medida no está en mi poder... Sólo Su Majestad puede...

—Su Majestad no tiene que ver en eso — replicó Rodolfo, exaltándose—.

Sólo usted, únicamente usted es el responsable.

—Perdóneme Vuestra Alteza explicarle...

—No necesito que me explique nada... ¿Revocará usted inmediatamente esas medidas?

—Yo no puedo, monseñor — replicó Taafé, inclinándose con cortesía, pero permaneciendo inflexible.

—Lassbeck, dame mi guerrera — ordenó Rodolfo, acanhando de vestirse precipitadamente—. Pronto vamos a ver lo que decide mi padre.

Y salió de su habitación, cruzó los largos corredores del palacio, marchó rápido hacia el despacho de su padre, cruzó agitado la sala donde estaban esperando audiencia los cortesanos, ministros y plenipotenciarios, y, dirigiéndose al Ayudante de campo de Su Majestad, le dijo en tono imperioso:

—Avise a su Majestad que he de hablarle en seguida.

—Bien, monseñor.

El Archiduque se quedó agitado mientras el Ayudante de campo marchaba a cumplir su misión.

—Es un neurótico como su madre — comentó un Chambelán al oído de otro, mirando disimuladamente al Archiduque Rodolfo, que se paseaba nervioso y agitado.

—Sorprende que siendo tan nervioso pueda ser también tan soñador — replicó el interpelado, sin acabarse de

explicar la psicología de su Príncipe.

Breves minutos tardó en aparecer de nuevo el Ayudante de campo, al que se dirigió Rodolfo preguntándole con impaciencia:

—¿Y qué?... ¡Tengo mucha prisa! ¡Necesito hablar ahora mismo con Su Majestad!

—Monseñor... Su Majestad está muy ocupado en este instante... — replicó el Ayudante de campo, inclinándose profundamente.

—¿Cómo? — preguntó el Archiduque sorprendido.

—Perdonad, monseñor... Su Majestad no tiene audiencia libre en cuarenta y ocho horas.

—¿Decís que... hasta dentro de cuarenta y ocho horas? — preguntó Rodolfo, como si no acabara de comprender—. ¿Que hasta dentro de cuarenta y ocho horas no puedo ver a mi padre?...

—Monseñor, esta es la orden de Su Majestad...

Cruzó de nuevo la antecala con paso agitado, marchó corriendo por las escaleras que conducían a sus habitaciones, entró en ellas como un rayo y se dejó caer desalentado y sombrío en un butacón, apoyó los codos en las rodillas y la cara entre las manos y dejó escapar un sollozo mezcla de hipotensión y de desengaño.

El viejo ayuda de cámara se acercó a él. Hubiera querido acariciar aquella frente como lo hacía cuando era niño y

lloraba porque se le había roto el juguete preferido; pero el respeto le contenía, no llegó su mano temblorosa a rozar el pelo del muchacho, y su voz, preñada de nostalgias y de ternuras, murmuró con un cariño casi maternal:

—Yo os lo suplico, monseñor... Calmaos...

—¡Loscheck!... ¡Loscheck! — exclamó Rodolfo como si implorara aquel nombre como el único digno de ser implorado en aquellos momentos en que se sentía solo, infinitamente solo en medio de la humanidad—. ¡No puedo más!... ¡No puedo más!... ¡Esta ha de terminarse! ¡Esta vida me mata!... Después de todo, ¿qué importa?... ¡Para lo que me sirve mi vida!... No puedo ir donde quiera, hacer lo que gusto, ver lo que deseo... Desde la edad de ocho años, estoy encerrado en un uniforme, emparedado en un protocolo, momificado en una Corte... El único amigo que tenía, le detienen. Pido socorro a mi padre, y me contesta por su Ayudante de campo... Siempre la estiqueta... la falsedad... la intriga por todas partes... ¡Basta, oh, basta, ya no puedo más!...

—Monseñor... mi buen Príncipe... No sufráis más... ¡Si yo pudiera aliviaros!

—No hay un solo ser humano hacia el que yo pueda ir; nadie que sin traición, sin política, sin malicia, olvidara quién soy yo y me aceptara por mí mis-

mo, por lo que valgo, por lo que en realidad soy y no por lo que significa mi nombre... ¡Un ser humano!... ¡Un ser con alma y corazón, que sepa comprenderme y sepa amarme!... ¡Oh, Loscheck, lo necesito, lo necesito!... Dime, Loscheck... ¿es que acaso no soy yo un hombre como los demás? ¿Es que no tengo derecho a mi parte de felicidad?... ¡Pero estoy loco, pobre Loscheck; ni tú ni nadie podréis hacer nada por mí!... ¡Nadie, ni yo mismo! — suspiró amargamente Rodolfo, serenándose al escuchar de nuevo unos golpes dados en la puerta de la antecámara.

—¿Qué me quieren? — preguntó el Archiduque Rodolfo viendo aparecer al Ayudante de campo de Su Majestad el Emperador.

—Su Majestad ruega a Vuestra Alteza que asista esta noche a la función de gala de la Ópera... Toda la Corte acudirá a ella. Su Majestad cuenta con Vuestra Alteza en el palco imperial.

—Está bien... ¡Gran gala!... ¡Toda la Corte!... Han hallado el remedio, Loscheck — murmuró Rodolfo con amarga sonrisa—. ¡Una fiesta en la Ópera!

. . .

Brillante como pocas veces estaba el Gran Teatro de la Ópera de Viena. Lo

más escogido de la aristocracia se había congregado en él ante aquella gran gala ofrecida por el Emperador, y se esperó con recogimiento y ansia la entrada de la familia imperial en su palco de honor.

A las acordes del himno nacional, entró el Emperador Francisco José llevando del brazo a su hija política la Princesa Estefanía y tras él seguía todo el séquito de chambelanes y ministros que le acompañaban.

—¡Siempre la Princesa Estefanía junto al Emperador! — murmuró una dama de un palco vecino a su compañera.

—Sí, pero hoy también viene el Archiduque, aunque no se ha sentado al lado de su esposa...

—Parece que son la pareja más perfectamente desunida de toda Viena — añadió, con reticencia, la primera dama que había hablado.

Mientras duró el himno nacional, todo el mundo estuvo en pie. Cuando el Emperador y los archiduques tomaron asiento, como movidos por un único resorte, todas las espectadoras se sentaron también. Sólo en un palco, frente a) de la familia imperial, una muchachita, una niña casi, de rostro angelical y enormes ojos luminosos, permanecía en pie, fija su mirada en el palco del Emperador, dilatadas las pupilas por el asombro, ausente de cuanto la rodeaba y atenta únicamente a lo que

había despertado en ella todo un mundo de recuerdos y de sorpresas.

—María—murmuró a su oído la voz de su hermano, un joven teniente de húsares—. Ahora ya puedes sentarte...

—Sí, Jorge... Pero dime... el oficial aquel que está sentado junto al Emperador es...

—Claro, mujer, sí, es el Archiduque Rodolfo — explicó el teniente a su hermana.

María sonrió levemente y bajó los ojos. ¡Con razón le había encontrado tanto parecido, el día de la feria!... Volvió a mirar al palco imperial y se sintió atraída por aquel rostro serio, por aquellos ojos tristes, por aquella expresión ausente, por aquella boca contrída por un rictus amargo, por el aspecto todo de aquel joven príncipe del que tanto se hablaba en Viena y que ella creía no conocer, para venir a descubrir ahora que era el joven oficial que la había acompañado tan galantemente a través del barullo de la feria del parque vienés.

En otro palco, la Condesa Larisch, prima del Archiduque, la mujer más maldiciente y más embrolladora de toda la Corte, la que era maestra en el arte de entredar y de combinar, la que conocía a fondo todos los *potins* de la aristocracia y todas las intrigas de la Corte, hablaba con su eterno parloteo de pájaro del trópico:

—¡Oh, amiga mía, la vieja Edwidge

hace mal en sonreír... sus dientes son tan blancos como sus perlas! — decía, mientras iba repasando la sala con sus gemelos de nácar... ¡Qué público, Dios mío, qué público! ¡Está brillante la sala como pocas veces!... ¡Oh, y se ven caras nuevas!... Ven, aquella jovencita del tercer palco a la izquierda, la que va de blanco... sí, la que está en medio... esa preciosidad de criatura, es la pequeña Vetsera, que hoy viste su primer traje largo... La familia está completa... El joven teniente es su hermano... Tendré que interesarme por esa pequeña... Si no tiene ya un futuro, yo me encargo de su porvenir... Voy a saludarles antes de que comience la representación...

Arrastrando su larga cola de seda cuyo frusfrú se oía de lejos, marchó la Condesa Larisch, a la que llamaban la "Serpiente de cascabel", porque era la más peligrosa de todas las damas de la Corte, al palco de la Baronesa de Vetsera, donde entró diciendo, con su hablar de jilguero loco:

—Buenas noches, buenas noches a todos... ¡Hola, querida, he venido un momento a saludarles antes de que empiecen!... ¡Magnífico vestido!... ¡Como de costumbre, está usted encantadora!... ¿Qué tal, Jorge?... ¿Y tú, Ana?... ¡Ah, María, María está hoy hecha una gran dama! Haréis mal en no mostrar a esta pequeña. Es la criatura más bonita de toda Viena... Ya sé lo que dice el re-

frán, que "vivir oculto para ser feliz", pero es imposible vivir oculto siendo tan adorable como ella... Cuento en absoluto con María en mi próxima recepción. ¿No es verdad, pequeña, que te gustaría asistir a mi fiesta? — preguntó, mirando a María y sorprendiéndola la mirada y la sonrisa que en aquel momento cambiaba ésta con su desconocido acompañante de la feria, que acababa de descubrirla en su palco y que se había quedado tan lleno de asombro como ella misma—. ¡Ah, estás soñando, chiquilla! — siguió diciendo la Condesa con maliciosa intención—. Pero ya van a empezar y me marchó volando... Camto contigo... Serás la mejor gala de mis salones. Hasta luego.

—Un momento, Condesa... —dijo Jorge, deteniéndola un instante—. ¿No ha olvidado mi petición?

—¿Su petición?... ¡Ah, sí, sí, naturalmente, Jorge! ¡Nada se me olvida!... ¡Adiós!...

Cuando llegaba a su palco, se alzaba lentamente la cortina del escenario y aparecía el bellísimo cuadro de bailarinas de la Ópera, que interpretaron diversas composiciones con un arte y una maestría admirables.

Toda la sala estaba pendiente de la escena. Toda la sala menos la pequeña Vetsera y el Archiduque Rodolfo, que con frecuencia apartaban los ojos del escenario para cruzar sus miradas en una muda mirada de interrogación, de

sorpresa, de admiración y de mutua simpatía.

María Vetsera era la primera vez que asistía a una gran gala. Estaba deslumbrada por la belleza de la sala, por la grandiosidad del espectáculo, por la riqueza de las joyas y de los trajes que lucían las damas en los palcos; pero, en su imaginación exaltada por todas aquellas cosas nuevas para ella, veía por encima de todo la visión de la feria, de aquella feria que recorrió acompañada de un desconocido, feliz y dichosa al lado de un hombre que no había visto en su vida, pero que había sabido despertar su admiración y su ternura en un instante y al que se había confiado con toda su ingenuidad, atraída por una extraña fuerza que la había dominado. ¡Y aquel desconocido estaba ahora ante ella sentado al lado del Emperador y era el Archiduque Rodolfo!

En el cerebro de María daban vueltas y vueltas sucesivamente todas las imágenes que tanto le habían impresionado, y danzaban en alegre zambra las visiones del pasado con la realidad del presente.

Cuando el telón cayó sobre el último cuadro plástico formado por las bailarinas, María pareció despertar de un sueño maravilloso.

—¿Te ha gustado? — le preguntó Jorge, ilusionado por haber podido

asistir con su hermana predilecta a la gran gala de la Opera.

—¿Qué?... — replicó la pequeña, que estaba pensando en su oficial de la feria—. ¡Ah, sí, mucho, mucho, me gusta mucho! — exclamó, siempre pensando en él.

Y en el palco imperial, la Princesa Estefanía, que iba a salir delante de su marido, se dirigió a éste, que había estado toda la representación pendiente del rostro de la pequeña Vetsera, y le preguntó:

—¿Cómo se llama?... ¡Es bellísima?... —

—¡Oh, sí, muy bella!... ¿Pero, a quién te refieres? — dijo, despertando también de su sueño.

—A la primera bailarina — replicó Estefanía, que no se había dado cuenta del idilio que se había iniciado entre dos almas vírgenes de todo amor—. ¿Cómo se llama?

—¡Ah!... ¿La primera bailarina?... Sí... No lo sé... — contestó Rodolfo desconcertado.

Durante el intermedio y en el vestíbulo de la Opera un ministro se adelantó hasta Rodolfo y le comenzó a hablar de cuestiones de Estado:

—Si la cuestión balcánica no estuviera implicada en la solución turca y si no se añadiera el enigma de San Petersburgo, ya que...

Rodolfo no le escuchaba. Le interesaba más la conversación que a su es-

pulda sostenían dos cortesanos. Sin duda hablaban de la deliciosa niña que él había encontrado en la feria, que no había vuelto a ver desde aquel día y que ahora estaba frente a él, toda vestida de blanco, destacándose más en la blancura inmaculada del traje aquellos enormes ojales negros, llenos de luz, ingenuos y dulces que habían penetrado en su corazón y no se habían separado de él.

—Es maravillosa, ¿no es cierto?—decía uno de los cortesanos refiriéndose a María.

—Sí. Debe de ser su primera salida en sociedad, porque nunca la había visto en ninguna fiesta.

—Es la hija menor de la Baronesa de Vetsera y hoy viste su primer traje largo. Me habían hablado mucho de María Vetsera, pero todavía es más linda de lo que la fama dice.

El Archiduque Rodolfo asentía intilmente a lo que comentaban aquellos dos caballeros y, cuando el ministro le preguntó, después de haberle hecho todo el relato de los conflictos que se estaban aglomerando en el este de Europa, si quería darle su opinión sobre la cuestión, contestó decidido, creyendo que se trataba de María:

—Gostisimo... ¡Es deliciosa!...

La condesa Larisch, con su parlanchinería, vino a desembarrar aquella situación, que se había hecho un poco difícil por la distracción del Príncipe.

—¡Ah!, al fin se os ve, querido primo—exclamó dirigiéndose a Rodolfo, después de haber saludado al Emperador y a varios chambelanes—. Os veis tan misterioso como un tratado de alianza y tan raro como una sonrisa de vuestro padre... No os había visto desde hace muchísimo tiempo... Claro, no os preocupáis lo más mínimo de mí... A buen seguro que ni me escucháis en este momento—añadió, viendo que los ojos de Rodolfo se dirigían constantemente al palco de los Vetsera—. Sin embargo, iba a pedir os un señalado favor... Sí... os iba a dar la ocasión de mostrarnos generoso...

—Podéis pedirme siempre cuanto queráis, querida prima; creo que ya lo sabéis; sólo que...

—“Sólo qué...” Siempre imponiendo condiciones... ¡Oh!, así ya no insisto más; bien sé lo que quiere decir ese “sólo que...” Sin embargo, deseaba hablaros del joven Vetsera—añadió, con marcada intención—. Pero puesto que no queréis, no digo, no digo una palabra más...

—¿Habéis dicho Vetsera? — Interrogó Rodolfo al escuchar aquel nombre, teniendo a su prima por el brazo.

—Sí... Jorge Vetsera, el joven ingeniero que está en el palco con su deliciosa hermana... Su mayor deseo es ingresar en el regimiento de Vuestra Alteza, y yo le he prometido hablaros de ese asunto...

—¿Habéis dicho Vetsera?...—prosiguió Rodolfo, procurando disimular un tanto sus sentimientos—. Vetsera... Vetsera... ¿No ha sido su padre un veterano embajador nuestro en Constantinopla?

—En efecto... Vuestra Alteza tiene buena memoria... Vetsera tiene un hijo... y también una hija, primo mío —dijo la Condesa marcando mucho sus últimas palabras.

—¡Qué terriblemente maliciosa sois, prima! —exclamó Rodolfo, sin poder contener una sonrisa.

—Así... ¿cuándo puede presentarse ante Vuestra Alteza mi protegido?

—Cuando vos queráis, querida prima...

Aquella noche, cuando María Vetsera volvió a su casa, y su vieja aya le ayudó a quitarse sus galas y a vestirse la camisa de dormir, la chiquilla, loca de entusiasmo, le iba contando las incidencias de la noche con una exultación creciente, recordando cuanto había visto y, sobre todo, señalando en él, en el príncipe romántico de los ojos

soñadores que la habían contemplado toda la noche desde su palco y la había sonreído levemente, imperceptiblemente, con una sonrisa que ella sólo había podido comprender.

—Verás, Nunú—iba diciendo María mientras se peinaba el pelo largo y sedoso frente al espejo de su coquetísimo tocador—. La primera bailarina se ponía sobre la punta de sus pies y daba vueltas y vueltas, girando rápidamente, sin cansarse, siempre más de prisa, rápido, muy rápido... Pero él nada veía... Miraba siempre a nuestro palco y me sonreía desde lejos... Pero atiende, Nunú, no escuchas nada de lo que te digo—murmuró la chiquilla con voz mimosa al ver que su vieja aya iba de un lado a otro de la habitación arreglando todas las cosas que la niña había dejado desarregladas.

—Te escucho, mujer, te escucho. Dices que la bailarina giraba...

—¡Oh, Nunú, ha sido algo magnífico!... Las luces, la música, las joyas, los oficiales, las damas tan bien vestidas... ¡Y todo eso para él!... ¡Para él!

—¿Para él?

—Sí, para él... ¿Pero todavía no lo has comprendido, Nunú? Para el Príncipe a quien encontré en el Prater la noche de la feria... Y ¿sabes?... ¡Creo que me ha reconocido!

—Bueno, niña, bueno, cálmate—dijo la buena aya arrojando a la niña, que se había metido en la cama de un sal-

ta—. Lo cierto es que el teatro te ha entusiasmado... y que ahora es hora de dormir.

—¿Dormir?... No me será posible hacerlo, Nunú... — murmuró María apoyando la cabeza en la almohada y entornando los ojos deliciosamente soñadores—. ¡Oh, Nunú, si vieras qué guapo mozo es el Príncipe!... ¡Me interesa tanto!... Su mirar es tan triste... su sonrisa tan dulce... ¡Oh, Nunú, ya no podré apartarlo más de mi pensamiento!

La vieja miró con ternura a la niña, le dio un beso en la frente, y no contestó... Tenía una larga experiencia de la vida y sabía que, muchas veces, aquellos divinos sueños de juventud no son nunca nada más que eso, únicamente eso... divinos sueños que la realidad se encarga de desvanecer.

A la mañana siguiente, María Velera fué, como todas las mañanas, al templo, acompañada de su fiel Nunú, a oír la Santa Misa. Nunú rezaba con una devoción sin límites. María, aquella mañana, estaba con el pensamiento

distruido en las visiones de la noche anterior; en su espíritu permanecían impresas aquellos ojos tristes, dulces, misteriosos, que la habían contemplado desde el palco del Emperador.

De pronto, una voz que le hizo saltar el corazón con un brinco de júbilo y de sobresalto, dijo a su lado:

—María, escuchadme por favor... es lo ruego... No temáis nada... No os mováis...

Era Rodolfo, que se había arrodillado a su vera y le hablaba casi sin mover los labios, mirando al altar como si rezara.

—¿Vos, señor?—susurró María, sin atreverse a mirarle, sintiendo que en alma se desbordaba de ternura y de temor al mismo tiempo.

—Sí... Ya sé que está mal lo que hago, pero debía veros, hablaros, decir todo lo que siento por vos... Y no tenía otro medio para hacerlo que este que ahora empleo.

—Os lo suplico, monseñor, marchaos...

—No puedo, María... He intentado resistir... Pero no puedo... Desde que os vi por vez primera, vuestra imagen me persigue constantemente de día y de noche... Comprendo que la vida, sin vos, ya no puede ser...

—¡Monseñor! — exclamó la niña, asustada al escuchar aquellas palabras que en aquel lugar sagrado le parecían un sacrilegio.

—María... En esta penumbra del templo, os adivino apenas... y, sin embargo, no podéis saber la dicha que siento al estar junto a vos; la emoción que llena mi alma y a la vez el tormento que sufro... ¡Oh, María, tened piedad de mí!... Necesito veros de nuevo. Es necesario que os vea. No digáis que no. No os mostréis cruel conmigo. Os lo suplico...

—No es posible... ¡No salgo nunca sola! — exclama María, que ahora marcha por el templo al lado del Archidúque, envueltos los dos en sombras, mientras Naniú camina sola hacia la salida del templo.

—Ha de ser, María. ¡Lo necesito tanto!...

—¿Vos, monseñor, que todo lo tenéis? — pregunta la niña, candorosa, ingenua, emocionada.

—Para vos no existe mi título, María... Soy un hombre y un hombre desdichado... Necesito veras... Mi único consuelo está en vos.

—Pero ya os dije que es imposible — replica la niña, verdaderamente afligida.

—Todo es posible si se desea de veras — dice Rodolfo con profunda amargura.

—¡Oh, apartaos, mi nodriza me busca! — murmura María, uniéndose a Naniú.

—¿Dónde te habías metido, peque-

ña? — gruñó la vieja, haciendo la señal de la cruz.

—Te estaba esperando, Naniú... Dime, Naniú... ¿tú crees que hay príncipes desgraciados?

—Son hombres como los demás, María — contestó la vieja dando un bando aspiro—. Son hombres como los demás...

...

Aquella tarde, María estaba sentada ante su clavicordio tocando por centésima vez el "Ave María" de Grunod, la misma que habían cantado en la iglesia aquella mañana en que Rodolfo fué a arrodillarse a su lado y le había dicho las apasionadas palabras que le habían quitado el sueño y que la tenían como en éxtasis donde que sus oídos las habían escuchado.

—María, hija mía, desde hace dos días estás tocando lo mismo — le dijo su madre, que borbaba una tapicería en el ángulo opuesto del salón.

—¡Me apasiona tanto, mamá! — suspiró María, sin dejar de tocar aquella pieza, que tanto significaba para ella.

En aquel momento, como un torbe-

lino, charlando sin dar tiempo a que los demás contestaran a sus frases, entró la Condesa Larisch:

—¡Oh, amiga mía!... Buenos días, María... No, no te molestes... sigue tocando... me encanta la música...

—¡Condesa!... ¡No sé cómo agradecerle lo de Jorge!—exclamó la de Vetsera, besando a su amiga—. Está loco de alegría. ¡Ha sido un gran honor para él y para todos nosotros que pudiera ingresar en el regimiento de Su Alteza!

—¡Oh, no merece la pena!... ¡Si es tan natural!—replicó la Condesa Larisch paseándose arriba y abajo del salón—. No, no, no quiero sentarme. He de hacer ejercicio. Andar calma los nervios y combate la obesidad... ¿Me permito?—añadió comiendo unos bombones de una caja que estaba sobre la mesa—. ¡Son deliciosos!... Y, hablando de obesidad, ¿hace tiempo que no ha visto a la Marquesa Peruti?... Engorda tanto como respira... La otra noche, en la Opera, parecía una oveja perpendicular... Mas, por desgracia, nadie se pudo dar cuenta... No miraban más que a su hija... Ya sabe que María obtuvo un gran éxito. Todo el mundo me ha preguntado por ella... María fue la sensación de la velada...

—Va a volverla vanidosa—murmuró la madre, orgullosa de las frases de elogio que dirigían a su hija.

La Condesa Larisch se acercó al pia-

no en sus constantes paseos y siguió diciendo:

—¡Oh, María no es vanidosa!... ¿No es verdad, cariño? Y bajando la voz añadió:—(Toca más fuerte y escucha). No se parece nada a la Baronesa Kravitz... Esa sí que es vanidosa... y eso que desciende de su árbol genealógico como un mono de un cocotero (Mi primo quiere verte... pero no tiembles, que tu madre lo va a notar...)... Si se limitara a hablar de sus antepasados... (Naturalidad, niña, y disimula—iba diciendo en voz baja— No te detengas... Rodolfo me ha hablado de ti más de una hora... Lo has deslumbrado... ¡Pero toca más fuerte, chiquilla, toca más fuerte!...) ¡Oh, me olvidaba decirte que la vieja Princesa Ursula me ha encargado las invitara a su día el próximo sábado...

—¡Oh, cuánta amabilidad!—exclamó la Baronesa de Vetsera, y, dirigiéndose a su hija, le dijo:— Pero María, no toques tan fuerte... ¡Si eso parece una marcha militar!... Discúlpela, Condesa, sus elogios la han excitado.

—Otras más dueñas de sí mismas no las resistirían—replicó la Condesa Larisch intencionadísima en sus palabras—. ¿Qué le parece este vestido? ¿Original, no?... Es de una modista sin renombre que he descubierto... Por cierto que tengo que ir a probar y voy a hacer tarde... ¡Y con lo que son las modistas!... ¡Ah, mi querida amiga, tendré que concederme un favor!...



Exaltados por la orga, cantaban a coro...



—¿Qué te envió?
Venos, papá... ha-
bía. ¿O quieres que
te entregue las pala-
bras de la boca?



—Com que derecho importuna usted a esta señora?



Se deslucieron ante una barra de marionetas.



—Perdonad, monseñor. Su Majestad se tiene su propia librería en secreto y oculto lugar.



—Ah, María. María está hecha hoy una gran dama!

—Pues cõ-o Maria,
vê-a vestida.



—É Miedo de voz? (A) contraria, cerca de vos no tempo a noite n
me da miedo nada!



A quella notte, io e la mia persona che me de prestimire



—(Dègnel—cugliò el zùn via— (Dègnel doe va se doe
apèto a vino)



—Ella al duca, Rodolfo...
 —Vera tranquillo, quando, con rimbombi...



—Osserva, monsignor...



—Si de esos lo eres, renunciarás a mí.



—Os presento a la Señoresa María Vassara, de la que Vuestra
Majestad ha decidido el destino.



Mare permanență olivă, rigidă, un inclinarea.



—Într-o țară parajul. Într-o țară mărțiale amant.

Permítame llevarme a María por una hora... ¡Tiene tan buen gusto!... Ella me ayudará a escoger modelo... Además, me aburre muchísimo si estoy sola... ¿Acepta?

—Encantada, Condesa — contestó la de Veisera, sin sospechar el plan de Larisch.

—Pues corre, María, ve a vestirse. Rápidamente, porque el tiempo apremia... La modista tiene mucha prisa... ¡Oh, es un verdadero encanto esta criatura!—añadió, viendo a María partir como una exhalación a vestirse para acudir a aquella cita que ella acababa de prepararle.

* * *

Ya en el coche que las conducía a Palacio, la Condesa Larisch hablaba a María con idéntica parlachinería de pájaro con que acostumbraba hablar a todo el mundo:

—No temas nada, querida. El coche de Bradfisch es fiel a Rodolfo como un perro, y en Palacio nadie te ha de ver. No podías hallar lugar más seguro ni más secreto... Pero mirame, criatura, estás como si te llevaran al nido... Te has puesto muy pocos polvos... de-

masiada poca... Ven que te componga yo... Así... ahora está bien—dijo, después de haberle pasado su burla por el rostro—. Los ojos no necesitan nada. Son magníficos. Te aconsejo únicamente que los bajes de vez en cuando, porque, al volverlos a ver, resultan más seductores. La frente más despejada... ¡Ya está! Perfecto... Perdona que te diga todas esas cosas, pero a tu edad se ignora cómo gustar más... Se sabe lo que atrae, pero no se sabe lo que atrae... ¡Estás verdaderamente preciosa!... ¿Y emocionada?

—Un poquito... — murmuró María bajando los ojos y sonriendo feliz.

—¿Y dichosa?

—¡Oh, tanto, tanto, que no me cabe en el pecho toda la felicidad!—suspiró alzando los párpados y mostrando toda la luz fulgurante de sus pupilas dilatadas por la dicha—. No puedo creer todavía que voy en realidad a verle... que es él quien me quiere ver a mí...

* * *

Impaciente, en sus habitaciones particulares Rodolfo esperaba a aquella por la que se había encaprichado y

que, en su fuero interno, imaginaba no sería otra cosa que una conquista más fugaz y baladí como centenares de mujeres que habían pasado por sus brazos, le habían distraído una hora y le habían causado asco y repugnancia en el acto, porque en el acto había visto la falsedad y el interés que las empujaba a él.

Como siempre, había hecho preparar al viejo Loscheck un servicio para dos. Era lo obligado: una cena, buenos vinos, unas copas de champaña... Y lo demás venía por sí solo.

—Loscheck, no estoy para nadie durante una hora... Quiero estar tranquilo y que no se me moleste por ninguna razón.

—Está bien, monseñor... ¿Es una nueva?... — preguntó Loscheck con aquella confianza que le permitían sus muchos años de servicio y el haber llevado en brazos a su príncipe.

—Lo adivinaste, Loscheck... Si hubiera algo importante, me llamas; si no, me dejas en paz.

—¿Una actriz, monseñor? — preguntó el viejo, mientras arreglaba los últimos detalles de la mesa.

—No, Loscheck... Esta vez es una señorita...

—...¿De veras?

—Tal dicen... Pero no te fíes y no hores por su virtud... Seguramente es también de su época... La he visto una vez... le he contado las historias de

siempre... se ha enternecido como fingen enternecerse todas... y, dentro de unos instantes, estará aquí... dispuesta a todo... a cambio de quien sabe qué...

* * *

El coche rodaba en aquel momento por el patio de Palacio. Los dos paticias que estaban siempre apostados en acecho lo vieron llegar y espionaron a las que de él descendían.

—Una es la Condesa Larisch... pero, ¿y la otra?—preguntó uno de los paticias.

—Caza nueva para el Archiduque—replicó el otro—. No he podido verle la cara. No sé quién pueda ser. Habrá que informarse detalladamente para poder presentar la relación al señor Ministro...

La Condesa Larisch empujó a María hasta la puerta de Palacio por donde entraban y salían clandestinamente todas las damas que venían a distraer las largas horas de nostalgia de aquel soñador empedernido que no había logrado todavía encontrar el amor.

Loscheck esperaba. Se inclinó ante aquella chiquilla confiada y le dijo con respeto:

—¿Quiere usted tener la bondad de seguirme, señorita?... Por aquí, si hace el favor.

Cruzaron unas pasillos oscuros; subieron unas escaleras; llegaron hasta la grandiosidad del Palacio imperial, sin encontrar a nadie más que a dos alabarderos que montaban la guardia a la puerta de las habitaciones privadas del Príncipe. Loscheck acompañó a María hasta ellas, la hizo entrar y cerró la puerta tras la muchachita, que tuvo como un sobresalto al sentirse sola.

Pero pronto la animó una voz bien conocida que le hizo sonreír de felicidad.

—¡Por fin, por fin habéis venido, gentil María! — dijo Rodolfo, adelantándose a ella y estrechándole la mano con efusión.

—¡Dios mío!... ¿Llega acaso con retraso? — preguntó la niña, toda ingenuidad, temiendo haber incurrido en el desagrado del Príncipe.

—No, María — sonrió Rodolfo—. Pero hasta el último momento pensé que no ibais a venir; que tendríais miedo...

—¿Miedo de qué? — replicó la niña, fijando sus grandes ojos llenos de candor en las pupilas tristes del Archiduque.

—No sé... Del Palacio... de este lúgubre cuarto... de mí.

—¿De vos?... ¡Al contrario, cerca de vos, no temo a nadie ni me da miedo nada! — afirmó María con alegre expresión que desconcertó un tanto a aquel hombre acostumbrado a tratar con mujeres fáciles, llenas de artificios, que le hacían una escoria de pavor al entrar, y que no vacilaban en entregarse a él a los pocos momentos, por la ambición de obtener algún determinado favor que le podían antes de que él hubiera podido convenecerse de que las guiaba el amor más que el interés.

María no era como las otras mujeres que Rodolfo había conocido. Allí estaba ante él, confiada, tranquila, serena, llena de cariño la mirada, la boca sonriente y tierna, los ojos empapados de dulzura. Su mano breve y blanquísima, descansó por un instante sobre un objeto que debió de producirle una extraña impresión a su tacto, porque lo apartó rápida y, viendo que donde se había posado era sobre una calavera que Rodolfo tenía sobre su escritorio, exclamó, un poco histerizada:

—¡Qué espanto!... ¿La tenéis siempre a la vista?

—Sí—contestó el Príncipe, sin osar tocar a aquella criatura que estaba ante él tan confiada.

—¿Y por qué?

—Para consolarme de la vida—replicó Rodolfo con tristeza.

—¿Consolaros?... ¡Si la vida es tan bella! — exclamó la niña alejando la mirada de aquella calavera que de buena gana hubiera arrojado por el balcón.

—No me hagáis caso, María... Digo muchas tonterías... Tenéis razón... La vida debe de tener momentos muy bellos.

—Sí, los tiene, sí... —afirmó ella, convencida.

—¿Vos los conocéis?

—Sí.

—¿Y queréis decirme alguno de esos momentos que vos encontraréis tan bellos?

—Por ejemplo... el paseo por el Prater la noche de la feria... la gran gala de la Ópera... Y ahora mismo... ¿No encontraréis bello este momento? —inquirió ella sin dejar de mirarle con sus enormes pupilas húmedas y luminosas.

—Querida mía... —murmuró Rodolfo, cada vez más desconcertado por la actitud de aquella chiquilla que le parecía incomprensible—. Pero, ¿no queréis quitarme el sombrero?

—¡Oh, sí!... Pero, ¿cómo lo haré?... ¿No hay ningún espejo? —interrogó, mirando a todas partes.

—Sí, está aquí al lado... Venid... —dijo Rodolfo, conduciéndola a su dormitorio mientras espía en el rostro de la niña el efecto que le producía y la reacción que se obraba en ella a la vista de su más íntimo aposento.

—¿Aquí dormís vos? —preguntó María contemplando extrañada aquel lecho sencillo, pequeño, sin adornos de ninguna clase—. Yo creí que la cama de un príncipe sería...

—Me basta para mí... —interrumpió Rodolfo secamente, como si le doliera haberla hecho entrar—. Duermo muy poco... Pero el espejo está de este otro lado... Ahí—añadió, mostrando el que se alzaba sobre su mesa tocador.

María se quitó el sombrero y se compuso el tocado.

—¡Oh, qué pena! ¡Cómo me he despeinado!... ¡Con estos mechones no voy a gustaros!—dijo, mientras intentaba sujetarse unos rizos rebeldes.

Rodolfo ya no pudo contenerse. Puso una mano sobre el hombro de la pequeña y la atrajo a sí.

—Me gustáis demasiado —dijo, acariciándola con el aliento de su boca.

La chiquilla inclinó dulcemente la cabeza sobre aquella mano y la besó suave, tierna, como si acariciara a una paloma que se hubiera posado en su hombro.

—Soy dichosa... muy dichosa... —murmuró, entornando los ojos como si aquella suave caricia fuera la aspiración suprema de su vida.

Rodolfo tuvo una extraña reacción. Se apartó de su lado bruscamente. Recogió el sombrero, la capta y el manguito que ella se había quitado, y salió de la habitación, pasando al salón.

—Vedid... no os quedéis ahí—ordenó en tono autoritario y brusco.

—Pero... ¿qué os pasa?... ¿Qué sucede? —preguntó ella, extrañada del cambio de tono, de la brusquedad repentina del Príncipe y de la dureza de su expresión.

—No sé... no sé... no comprendo nada—murmuró él—. Pero, desde que estáis aquí, no sé lo que me pasa... Venís a mi casa vos sola, que no vais nunca sola a ninguna parte... Llegáis a mí como no ha llegado nunca ninguna mujer, ofreciéndome toda en vuestra mirada, sin saber ni vos misma lo que me ofrecéis... Me habéis como no me ha hablado nunca ninguna mujer... Y el solo contacto de mi mano os hace la mujer más dichosa de la tierra... No comprendo... Decidme la verdad... ¿no tenéis que solicitarme algún favor?

—Pero... ¿qué queréis decir? —preguntó María, siendo ahora ella la que no acertaba a comprender lo que pasaba.

—Si, de ordinario, cuando una mujer viene a mí, viene siempre movida por un interés especial... Todas tienen siempre algo que pedirme: destino... ascenso... honores... dinero... ¿Y vos, qué me pedís?... Reflexionad bien, ¿No tenéis nada que pedirme?

—Me habéis dado ya todo cuanto podía apetecer... Tengo cuanto deseaba... Me habéis dicho que os gustaba... y me habéis concedido el honor de es-

tar junto a vos unos momentos. ¿Es que se puede pedir en el mundo mayor felicidad?—dijo la chiquilla con aquel delicioso candor que desconcertaba al hombre acostumbrado a todos los vicios y a todas las ruindades de la vida.

—¡Chiquilla mía! —suspiró Rodolfo, sintiendo vivos deseos de estrechar sobre su corazón la adorable cabeza de aquella criatura, pero respetándola demasiado para turbar con un acto brusco la delicia de aquel momento, del único momento de su vida en que se hallaba ante una inocencia verdadera, ante un candor sin límites, ante un alma nueva que se abría para él solo y de la que él solo quería aspirar condicionadamente todo su maravilloso perfume.

—Debemos separarnos —le dijo, oyendo los pasos de Luscheck que se acercaban—. Vienen a buscarme. ¡Prometedme que volveréis, niña mía!... ¡No sabéis lo que vos sois para mí, lo que representáis en mi vida!... ¡Oh, María, nunca podréis comprender el bien que me has hecho!... Me quitas unos años de encima, y ¡qué años, Dios mío, qué años!... Vete... vete pronto... Volveremos a vernos... ¡La vida sin ti ya no me sería posible! —repitió, convencido de lo que decía—. Vete, vete ahora, pequeña... ¡Hasta pronto!

—¡Hasta siempre! —contestó María, mandándole un beso con la punta de sus dedos.

• • •

El Presidente del Consejo, Conde Taafé, seguía en sus manejos turbios contra el Archiduque, y continuaba empleando la Policía para seguir paso a paso y hora a hora todas las acciones del Príncipe heredero.

—Así, pues—decía a su hombre de confianza en aquella entrevista—, decía que la última visita fué el viernes, ¿no?

—Sí, Excelencia, el viernes, de acá a siete de la tarde.

—¿Y en Palacio?

—En Palacio; como de costumbre, Excelencia.

—¡Oh, el caso es serio, muy serio!—murmuró Taafé acariciándose la barbilla—. Hasta ahora, sólo se habían acercado al Archiduque mujeres sin importancia... Pero lo de ahora encierra caracteres de verdadera gravedad... La joven no deja de ser de buena familia... y esto puede producir un escándalo... Esta es, asimismo, la opinión de Su Majestad... Su Majestad me ha dado a entender que habrá que resolver el caso... ¿cómo diría yo?... con tacto, sin ruido, con mucho tiento, con gran diplomacia...

—Perfectamente, Excelencia.

—¿Tiene algún plan preconcebido?

—No, Excelencia, pero soy hombre experto...

—Está bien, ¿Habéis comprendido bien cuanto he querido decirles?

—Perfectamente.

—Entonces dejo el asunto en vuestras manos... Lo diré a Su Majestad... Y no dudéis de que, si el resultado es satisfactorio, Su Majestad sabrá corresponder a vuestros servicios.

El Jefe de Policía, esperanzado, se retiró a su despacho, dispuesto a llevar a cabo el plan que se había trazado para acabar con aquellas relaciones del Príncipe, que podían hacer surgir un grave conflicto en la Corte, tratándose de una muchacha de la aristocracia vienesa.

Después de haber meditado largamente su plan, el Jefe de Policía dictó a su secretario la siguiente carta, perfundada de malas intenciones, destilando veneno, llevando toda la maldad del alma humana en cada una de sus letras:

"Señora Baronesa de Vetsera. Distinguida señora: Un amigo, por simpatía a vuestra honorable familia, cumple un deber diciéndoos que vuestra honorable hija María, desde hace varias semanas, se entrevista con un joven cuya personalidad nos es desconocida, en lugares apartados y poco re-

catados, dando con ella pábulo a la mormuración y a la estumoria y exponiéndose al grave peligro de perder para siempre su reputación de muchacha honesta y manchar para siempre el querido nombre de una de las familias más sobresalientes de nuestra sociedad".

Creyó haber cumplido un deber ineludible cuando hubo dictado aquellas líneas envenenadas de maldad, y, sacando el sobre y escribiendo en él la dirección de la señora Baronesa de Vetsera, la hizo llevar en propia mano por uno de sus agentes, para tener así la seguridad de que llegaría a su destino sin extraviarse.

* * *

Era cierto, sin embargo, que María y Rodolfo venían viéndose casi a diario en los lugares más insospechados de la ciudad. Lo que en el primer instante pudo parecer capricho del Príncipe, se había convertido en un amor apasionado, arrasador, que todo lo arrollaba y todo lo devastaba con su fuerza pujante. Amor que había prendido en el

corazón del Archiduque con tanta mayor fuerza cuanto más huérfana de cariño había sido su vida hasta entonces.

El amor inocente, ingenuo, candoroso de María; aquel amor al que se entregaba sin recelos ni reservas; aquel amor que nada exigía y que todo lo daba; aquel amor que no estaba guiado ni por el interés, ni por la vanidad ni por el vicio, había colmado todas las aspiraciones del empedernido solitario.

El Archiduque Rodolfo había hallado, al fin, en aquella chiquilla, a la mujer que imaginara en sus largas noches de insomnio. A la mujer que le quería por él mismo, no por sus títulos ni por su alcurnia; que le quería como a un hombre, no como a un futuro emperador.

Solían encontrarse en los rincones más apartados del Prater, cuando la noche había caído ya, cuando la penumbra les ocultaba a las miradas indiscretas de los transeúntes y al olfato de los sabuesos de la Policía, que siempre iban siguiendo al Príncipe dondequiera que se hallare.

Rodolfo, sin embargo, no era feliz. Quería para él la dicha de amar sin reservas, sin engaños, sin ocultaciones. Quería amar a la luz del día. Ser dichoso y que todos conocieran su dicha, él, que había sido hasta entonces el más desgraciado de todos los hombres. Quería amar y lanzar a los cuatro vientos

ma el grito de su amor y de su felicidad.

Pero Rodolfo se encontraba atado por el destino. Estaba casado a otra mujer y el amor de María era un amor prohibido, un amor que debía ser ocultado como la lepra, como una cosa maligna, cuando para él era la luz de su vida y la única razón de su existencia.

Sentado en un banco del parque, soñando en la llegada de su amor, hacia rato que el Archiduque esperaba sin impacientarse, porque sabía que, si María no había llegado aún, no era por falta de interés, sino porque la pobre criatura tenía que luchar contra todas las corrientes adversas a su amor.

No la oyó llegar. Vino María agazapándose entre las plantas y le cogió de sorpresa por la espalda apoyando en los hombros de Rodolfo sus manos temblorosas de emoción.

—Buenas noches, amor mío—le dijo en un susurro—. ¿Te asusté?... Di, confiesa que no me ciatas llegar... que ya estabas pensando mal de mí... que creías no iba ya a venir.

—¡Qué linda eres, María! — exclamó Rodolfo abrazándola con ternura—. ¡Eres la criatura más bella de la tierra!

—Quisiera serlo y serlo únicamente para ti... Mira, vengo empapada... Me he mojado mucho los cabellos para no tener que salir con mamá... Ha sido la excusa que le he dado... y ha creído

castigarme privándome de ir al teatro... que era lo que yo quería... ¡En cambio, tenemos dos horas enteras, dos horas enteras!... ¿Tú te imaginas lo que es esto?... ¡Nunca habíamos sido tan ricos de tiempo como hoy!—exclamó María con aquella alegría infantil que todo lo iluminaba.

—Mira... mira, María — murmuró Rodolfo mostrando el ramaje de unos arbustos que se movía violentamente.

—¿Qué?... ¿Te asusta?... Son las ramas que se balancean—explicó la niña, quitándole importancia al caso.

—No, es la Policía que nos acecha —replicó Rodolfo, sombrío y taciturno.

—¡Oh, ves policías en todas partes!... Te aseguro que hoy se despiataron y nos van a dejar en paz.

—No, María; se esconden mejor por temor a ser sorprendidos... Los adivino siempre detrás de mí, sin piedad.

—Pero olvídalos de una vez, mi vida—suplicó María que había llegado muy contenta y no quería contagiarse del pesimismo de su amado.

—No puedo olvidarlos... Yo sé que son ellos los que se interponen entre nosotros dos. Sé que nos acechan, que no nos dejarán nunca en paz... ¡Tú no los conoces, María!... Son gente pagada por nuestros enemigos, por los que quieren separarnos, por los que, por razones de política o por propia ambición, no quieren que tú y yo seamos felices... Lo sé, me consta, están em-

peñados en separarnos...—insistió Rodolfo con la mirada cada vez más sombría.

—¿Y crees tú que podrán separarnos? ¡No hay fuerza humana que pueda romper el amor que nos une!—afirmó llena de confianza María.

—¡Qué fe tan ciega tienes en nuestro amor, chiquilla! ¡Qué fuerza tan admirable tiene tu ánimo!

—¡Te quiero... me quieres... y disponemos de dos horas para estar juntos! ¿Qué más le podemos exigir a la vida?—inquirió ella con su inocente ingenuidad.

—¡Oh, yo le pido más, mucho más!—exclamó Rodolfo con vehemencia.—¡Dos horas!... Tú hablas de dos horas como si fueran una eternidad... Y para mí dos horas no son nada... Siempre estas entrevistas clandestinas, rápidas, cortas... Esas separaciones perpetuas... Una vez que he hallado el amor, no le puedo ceder a mi placer... Tengo que esconderlo como un malvado esconde su tesoro robado... ¡Estoy orgulloso de este amor y no puedo decirlo ni al aire que respiro, por temor a que la Policía se entere y estropee todos mis planes!... ¡Oh, María, yo quisiera ser como tú, tan resignada, tan contenta con lo que la suerte te trae! Pero no puedo... ¡Dos horas!... ¿Qué son dos horas cuando es la vida entera la que quiero para pasarla contigo?...

María no contestó. Sabía que era im-

por dejar a Rodolfo divagar a su placer que contrariarle. Ella era feliz, intensamente feliz al lado de aquel hombre al que amaba con toda su alma, con toda su fuerza, con todos sus sentidos; y era feliz también cuando estaba lejos de él, porque de él vivía y en su recuerdo se engolfaba para olvidarse de las cosas que le separaban de él y no le eran agradables.

Muy estrechamente abrazados, hablando de su amor, en silencio grandes ratos, porque cuando los corazones sienten muy hondamente no hacen falta las palabras, pasaron aquellas dos horas de deliciosa ternura, de olvido de la vida, de embriaguez de ideal.

* * *

María volvió a su casa tarde, entró con cautela, se descalzó para no hacer ruido y subió con tiento la escalera, para que nadie pudiera sospechar su llegada clandestina.

Pero, al entrar en su habitación, se quedó sin aliento: su madre la estaba esperando en una actitud nada tranquilizadora.

—¡Mamá!... —exclamó la niña, de-

teniéndose en el umbral de la puerta—
¿Tú?...

—Sí, yo... ¿De dónde vienes a estas horas? — preguntó secamente la madre, mirando hija y acerbamente a su hija.

—Mamá... yo... no quería más que...

—Quiero saber de dónde vienes. Quiero saber qué ha hecho mi hija a estas horas fuera de casa...

—Mamá, te juro...

—¡Calla!... ¡Qué vergüenza!... Ahora comprendo por qué no estabas arreglada esta noche para ir al teatro...

—Escúchame, mamá, por favor...

—No, no puedo escucharte... Me negaba a dar crédito a esta infame carta... pero no hay más que mirarte para comprender que dice la verdad, la terrible y vergonzosa verdad.

—De nada tengo que avergonzarme, mamá—replicó María con firmeza.

—¡No mentas! — gritó la madre exasperada.

María, con calma, con dulzura, enfrentando la situación que se le plantaba violentamente, replicó mirando a su madre con aquellos ojos que eran incapaces de mentir:

—No está en mi ánimo mentarte, mamá, y estoy dispuesta a decirte lo que ocurre...

—Entonces... ¿es cierto? ¿Es posible que semejante oprobio caiga sobre nuestra familia?... ¿Tú, tú, una chiqui-

lla inocente y buena, tienes un amante?...

—¡Oh, mamá, mamá querida, no hablas así, te lo suplico!... Te equivocas... Te lo juro por él y por mí... ¡No hemos hecho nada malo, mamá!... ¡El me respeta, me quiere!... ¡Y yo le adoro! —exclamó María, sincera, digna, fuerte, con la fortaleza que le daba su amor.

—¡Te quiere!... ¡Te respeta!... ¿Quién es él?... ¿Por qué, si te quiere de veras, no da la cara? ¿Cuál es su nombre?—preguntó la madre llena de ansiedad.

María permaneció en silencio largo rato y luego, en un tono que daba a entender bien claramente que su contestación era categórica y que nada ni nadie podría hacerla hablar, contestó:

—No puedo decirlo, mamá.

—Escucha, María, hija mía—dijo la madre creyendo que con ternura lograría vencer la resistencia de la niña—. Soy tu madre y tengo derecho de saber todo lo que te pasa, es preciso que lo sepa todo... Dime su nombre, por lo que más quieras en el mundo.

—Por lo que más quiero en el mundo, mamá, que es él, jamás saldrá de mis labios su nombre—afirmó la chiquilla con una entereza digna de una mujer.

—¡Cuidado, María! ¡Si tú te niegas, yo sabré obligarte a ello!—exclamó la madre volviendo a exaltarse ante aque-

Ha insuspechada resistencia de su hija menor.

—No me amenazas, mamá... Nada ni nadie podrán arrancarme mi secreto.

—Está bien... Ya que te obstinas tan ternamente, mañana, mañana mismo, temprano, marcharás a Trieste con tu tío. Allí pasarás seis semanas... Creo que eso bastará para curarte de esa locura...

Y sin añadir palabra, la madre salió de la habitación dejando a la niña encerrada dentro de ella.

Maria sintió como si el cielo se desplomara a sus pies. ¡Seis semanas sin poder ver a su amado! ¡Seis semanas alejada de él, sin comunicación alguna, sin poder ayudarle en sus desesperanzas y en sus tristezas! ¡Seis semanas que han a ser seis largas eternidades!

Sintiendo que las fuerzas la abandonaban comenzó a golpear la puerta llorando como lo que era, como una niña, con un llanto desolado y angustioso, mientras gritaba con un grito que le salía de lo más íntimo de su alma:

—Mamá... mamá... haz lo que quieras, pero, por piedad, déjame en Viena... ¡No me llesves lejos!... ¡No me sepaes de él!... ¡Mamá!... ¡Mamá!... ¡¡Mamá!!!...

Pero sus gritos, su desesperación, su quebranto, se rompieron en la frialdad de aquellos paredones, que se mostraron implacables para el dolor de la infeliz criatura.

* * *

A la mañana siguiente, desolada, con su infatigable parloteo, la Condessa Larisch llegó hasta las habitaciones del Archiduque Rodolfo.

—¿Vos?—preguntó ésta con angustia, al ver comparecer a su prima en aquel estado de excitación—. ¿Qué pasa? ¿Está enferma Maria?... Explicame, por Dios, no me hagáis sufrir más.

—¡Oh, primo mío, esoy que no puedo con mi alma!... Permitidme que os cuente... Ha debido de ocurrir algo muy grave... Se ha marchado... se ha marchado...

—¿Maria?... ¿Se ha marchado Maria?—preguntó el Príncipe, sin acabar de comprender.

—Sí... Se la han llevado lejos. La Baronesa de Vetsera ha recibido una carta anónima... una escritura apócrifa... contando lo que no debía haber llegado nunca a oídos de la madre... Creo que hubo una caecora violentísima... Pero la muchacha se ha portado bravamente... No ha dicho ni una palabra y soportará el castigo con paciencia... La madre está furiosa, furiosa...

—Y... ¿dónde la han llevado? — preguntó Rodolfo con profundo desaliento.

—La han mandado con su tío cerca de Trieste, a un viejo y aburrido castillo.

—¿Cerca de Trieste?—repitió el Archiduque con los ojos perdidos de nuevo en aquellas insondables lejanías a las que sólo él llegaba.

—Sí; pero no pongáis esa cara, primo mío, que el mal no es irreparable... Seis semanas pasan pronto...

—¡Seis semanas!... ¡Seis semanas sin ella!... No os imagináis lo que esto representa para mí... ¡Yo, que ya no podía vivir porque no podía verla a todas horas!... ¿Cómo viviré seis semanas sin su presencia adorable?... ¡Oh, es volver a la vida de antes! Encontrarme otra vez solo, infinitamente solo en medio de la muchedumbre de palaciegos que me odian y me detestan... ¡Solo de nuevo contra toda esa gente!... ¡Ah, conocen bien los resortes para hacerme daño, para atormentarme, para arruinar mi vida!... ¡Son maestros en su oficio!... ¿Qué puedo yo solo contra todos ellos?

Preso de una de sus más agudas crisis, el Archiduque se dejó caer en un botacón y quedó allí, ensimismado y sombrío, dejando perder su pensamiento en amargas divagaciones que le envenenaban el ánimo lento, pero certamente...

* * *

Volvió a su vida de crápula y de orgía continuada para ahogar el dolor que le había producido la brusca separación.

El conde Tassa, satisfecho del efecto producido por su plan de ataque, seguía de cerca todos los movimientos del Príncipe, pues se había propuesto arruinar moralmente a aquel mozo todo sentimiento, apasionado, vehemente, soñador y romántico, apartando de él cuanto pudiera tener relación con aquella muchachita buena y dulce que le había llenado de luz la vida y sin la cual andaba a ciegas, como antes de conocerla.

Los agentes espías en todo momento al Archiduque Rodolfo y daban, al finalizar la jornada, cuenta exacta de cuanto había hecho el hijo del Emperador.

—A media noche, entró en casa de Soeber—decía un policía al Jefe Superior del Cuerpo—. Iba con paso vacilante al encaminarse al Alcázar cuando salió a las tres de la madrugada...

—Como todas las noches—interrumpió el Jefe Superior, que ya conocía de memoria la historia.

—Sí, señor, como todas las noches. Desde hace seis semanas que el Archiduque va a media noche a casa de Sacher, bebe hasta la saciedad, sale de allí borracho y va a dormir su horra-bera hasta que le llaman para cumplir con el protocolo de la Corte.

—Dicen, los que le tratan de otros, que hace esta vida por desesperación, desde que la joven Baronesa se fué de Viena. Lo cierto es que ha cambiado mucho desde que ella no está aquí.

—Yo diría que fué ella quien le hizo cambiar y que ahora vuelve a ser el que era antes de conocerla.

—Esa influencia era la que debíamos curar a toda costa...—replicó el Jefe Superior, en un tono seco—. ¿Y... no hay ninguna mujer con él?—preguntó, siguiendo el hilo de sus pensamientos y desentendiéndose de los comentarios de sus agentes.

—¡Ah, sí, sí, mujeres, muchas!... ¡Cada noche una distinta!... a veces varias en una misma noche... Pero yo creo que, aunque le presentaran cada noche la misma, no haría ningún caso, porque el Archiduque no se fija en ellas, no las mira siquiera, ni aun en los momentos en que parece más entusiasmado.

Así era, en efecto. Rodolfo de Habsburgo no hacía caso de ninguna mujer. Solamente el vino conseguía hacerle olvidar momentáneamente que estaba solo, infinitamente solo en medio de toda

en corte desde que María se había ido lejos, muy lejos; desde que la luz de aquellos ojos había cejado de lucir para él y de darle calor; desde que la fortaleza de aquel espíritu inocente y puro daba fuerza a sus desfallecimientos y a sus desesperanzas.

• • •

Aquella noche, estaba más borracho que de costumbre. La orquesta de zingaros tocaba unas caderas que un bailarín ejecutaba con maestría subido sobre la mesa del banquet.

Rodolfo bebía y habla sin descansar, aplaudiendo al bailarín y acompañando el ritmo de la música con sus palmas.

—¡Bravo!... ¡Bravo!...—decía con la lengua torpe y la voz broncea—. Pero más aprisa... más aprisa — ordenaba, sin darse cuenta de que ya ni la orquesta ni el bailarín podían aguantar aquel ritmo acelerado hasta la locura.

—¡Qué excitado está esta noche!...—murmuraban por lo bajo sus compañeros de orgía.

—¡Nunca se le había visto tan borracho como hoy!

—¡Claro, había perdido la costum-

bre de boberí... La Baronesita le había apartado de este ambiente, y ahora se le sube el vino a la cabeza con más facilidad que antes...

—¿Murmurando, eh?... —interrogó Rodolfo acercándose a las dos mujeres que habían hecho estas comentarios—. ¡Venga otra botella!... Estoy borracho, ¿eh?... Pues todavía quiero beber más... Vamos, más ponche... Que traigan otra botella...

Y, cuando tuvo la botella en la mano, la derramó sobre el escote de una de las mujeres que gritó con espanto, mientras él reía con una risa seca.

—Anda, bebe, bebe, para que estés tan borracho como yo... —le dijo, dándole un golpe que la hizo tambalearse.

Todos estaban sobrecogidos por el estado de excitación del Archiduque y le miraban con miedo, temerosos de que pudiera acabar en drama aquella escena a la que no podían oponerse. Pero Rodolfo se había ya distraído y, encaminándose hacia un gran espejo que había al fondo del salón, preguntó, viéndose en él reflejado:

—Oye... ¿quién es ese estúpido?...

—¿Cuál? —inquirió la muchacha que iba a su lado casi sosteniéndole para que no se cayera.

—Ese... ese de ahí, que me está mirando con esa cara de bruto...

—Pero, cariño, si eres tú... —le explicó la muchacha, sorprendida de la pregunta.

—Ea, no quiero ver más esa cara de idiota... ¿Te enteras?—gritó, dirigiéndose a su propia imagen—. Te he dicho que te largues de aquí y que no sigas mirándome con esos ojos de borracho... ¡Ah!... ¿No quieres obedecerme?... ¡Yo te obligaré a ella!... ¡Espera, espera!—añadió, sacando de su bolsillo el revólver, y, apuntando contra el espejo, comenzó a disparar a mansalva, mientras el cristal saltaba hecho añicos y él se reía, se reía con una carcajada espantosa.

—Alteza... Alteza—le dijo uno de los criados, acercándose a él con aire misterioso—. Una señora espera abajo a Vuestra Alteza... Ha insistido mucho en ver a Vuestra Alteza.

—¿Una señora?... ¿Una señora que pregunta por mí?... ¿Qué querrá pedirme?... ¿Ea guapo? —preguntó el Archiduque, olvidándose ya del espejo para fijar su atención en aquello que venían a decirle.

—Guapísima, monacior—contestó el criado abriendo los ojos con admiración sincera.

—Entonces voy a buscarla... Y la traeré a la fuerza, si es preciso...

Salió del salón y bajó las escaleras dando traspies. Abajo, entregada a su ansia, con sus ojos luminosos y su sonrisa dulcísima, estaba esperando María.

Rodolfo se detuvo al verla, la contempló unos momentos en silencio, como si le costara trabajo coordinar sus

ideas y luego, reconociéndola, asustado de sí mismo, le preguntó enojado:

—¿Tú...? ¿Tú aquí?...?

—Sí, mi vida... He regresado hoy a Viena y quería verte a toda costa... Me he escapado de casa y te he buscado por toda la ciudad sin acertar a dar contigo... Pero luego encontré a tu fiel Bradish, el cochero, y él me ha traído aquí... ¡Abrazame, Rodolfo!—suplicó, infantil, ofreciéndose a aquel hombre al que adoraba.

Rodolfo la cogió violentamente por un brazo y la obligó a entrar en un saloncillo privado.

—¡Estás loca!—le dijo—. ¡No quiero que te vea nadie en este lugar!

—¡Rodolfo!...—suplicó la niña mirando con compasión a su amado y estrechando su cuello en un abrazo de infinita ternura.

—¡Déjame!—rugió él con ira—. ¡Déjame, que ya sé que apuesto a vino!

Maria se apartó, le volvió a mirar con aquellos ojos que eran ahora todo sumbro, porque era la primera vez en su vida que se encontraba a solas frente a un hombre embriagado.

—¡Oh!—exclamó, viendo en la mejilla de Rodolfo una mancha roja—. ¡Estás herido!... ¡Tienes sangre en la mejilla!...

Rodolfo se limpió con la mano la mancha y dijo con su voz bronca y su lengua torpe:

—No es sangre... no... Es el carmín

que Irma se pone en los labios... Es una loca... y yo he besado a una loca, sí, entiéndelo bien, la he besado... Te asombra, ¿no?... ¡Pues ten entendido que yo hago lo que quiero!

—Naturalmente, amor mío—contestó María compasivamente.

—Pues sí, ¿qué haces aquí?... ¿No puedes dejarme tranquilo?... ¿No sabes que soy libre para hacer lo que me dé la gana?... ¿Pues a qué has venido? ¿Qué te importa a ti que yo me divierta?... ¡Ya lo sé!... Tú también eres una espía... ¿Te manda Tasio? Oh, ¿a qué has venido?

—A verte solamente—contestó María con lágrimas en los ojos y en un tanto tan sincera y tan dulce que por un momento emocionó a Rodolfo.

Pero, dominado como estaba por el alcohol, la miró fijamente con una horrible cara de boeracho, y la increpó:

—Mirame, mirame bien, mujer, contéplame... ¡Qué guapo estoy! ¿verdad? ¿Estás contenta de verme así?... ¿No has visto nunca a un hombre boeracho? ¿No?... Pues ya le has visto... Ahora vete y déjame en paz... ¡Basta ya!... ¡Beberé cuanto quiera y alternaré con todas las mujeres de Viena!... Pero... no me mires así... no me mires con esos ojos... Dime algo... ¿Te repugno, verdad?... ¡Oh, no soy digno ni de que me mires ni de que me hables!... ¡Pero, por Dios, no me mires así... no me mires así... o no respondo ya más

de mí!—exclamó Rodolfo, en un grito de angustia.

—¡Oh, pobre amor mío, cuánto sufres!—suspiró María acariciándole como si acariciara a un niño.

Aquellas caricias, aquellas palabras que no eran de reproche, ni de duda, ni de enojo, sino de suprema piedad, tuvieron el arte de calmar al Príncipe, que ocultó el rostro entre las manos y murmuró:

—¡Qué vergüenza, María, qué vergüenza!...

—¿Por qué?... ¡Te amo tanto, Rodolfo, tanto!...

—¿Es posible que sigas amándome después de todo lo que has visto?...

—¿Es posible?... ¡Oh, María, perdóname, perdóname!... Si supieras lo que sufro...

—Lo sé, amado mío, lo sé... Pero a mi lado ya no sufrirás más, porque yo estaré junto a ti para evitarte dolores y angustias.

—Sí, María, sálvame... Temo a la locura... ¿Qué será de mí cuando esta noche me dejes? — Imploró Rodolfo como un chiquillo doliente.

—Ya no te dejaré más—contestó con firmeza María, como si hubiera tomado una enérgica resolución a la que nadie ni nada podrían hacerla renunciar— Soy tuya, todo tuya, mi amor, y ya nada nos podrá nunca separar.

—¡María!—suspiró el Príncipe entregándose absolutamente a la dulzura

de aquella voz que era como un bálsamo para las heridas de su pobre alma enferma.

María ya no volvió a dejar al Príncipe. El amor hacía verdaderos milagros, porque la niña conseguía estar con él muchas horas, salir con él, irle a ver a Palacio, hablando siempre todas las vigilancias y cubriendo todas las sospechas.

* * *

Aquella tarde, se reunieron en una de las merenderas del Prater, precisamente en aquel mismo rincón donde se habían conocido la célebre noche de la feria. Se amaban y eran jóvenes. La vida les sonreía con su engañosa sonrisa de eterna dicha. Y los dos creían en que la suya iba a ser imperecedera.

—María, la vida empieza ahora para nosotros...—le dijo Rodolfo besándole la mano—. Ya no tendremos que ocultar nuestro amor a las miradas de los hombres... Seré libre muy pronto y podremos vivir juntos para siempre...

—¿Juntos?... ¿Siempre?... — murmuró la niña, sin acabar de comprender el significado de las palabras de su amado.

—Sí, María... He hecho lo preciso... He escrito a Roma pidiendo la anulación de mi matrimonio con la Princesa Estefanía.

—Pero... ¿y tu padre? —inquirió María, temerosa de aquel paso decisivo que Rodolfo había dado.

—Mi padre no sabe nada, pero no podrá negarse a aceptar la anulación. ¡Quiero obtenerla y la obtendré! —afirmó Rodolfo, enérgico.

—¿Y has hecho esto por mí? —preguntó la niña con un entusiasmo que brillaba en sus ojos negrísimo agrandados aún más por la felicidad—. Escucha, Rodolfo, suceda lo que suceda, no me consideraré ya nunca desgraciada... Tu amor colma mi dicha... Pero, ¿qué es esto? —preguntó, viendo que Rodolfo le presentaba una joya—. ¡Un anillo de boda!... ¡Oh, es precioso!... Y hay una fecha...

—Sí, el 13 de noviembre —murmuró Rodolfo, un tanto avergonzado.

—¡El 13 de noviembre!... ¡La noche que nos encontramos en casa de Sacher!...

—Sí; la noche de mi resurrección —añadió él.

—¿Y estas iniciales...? U. P. E. A. H. L. M... —deletreó María.

—Unidos por el amor hasta la muerte —explicó Rodolfo, besando la mano breve y suave de la chiquilla.

—¡Oh, qué bello!... Y ahora, pón-

melo tú mismo en mi dedo —pidió ella, muy seria.

—¿Por qué?

—Para formular un deseo... Dices que lo que se pide en este instante es siempre concedido.

—¿Qué voto has formulado? —preguntó Rodolfo cuando le hubo puesto el anillo.

María le miró fijamente y replicó con calma, grave y serena:

—Morir antes que tú...

Rodolfo volvió a besarle la mano y en aquel beso sintieron los dos amantes que sus espíritus no podrían ya nunca desligarse, que quedaban atados para siempre, que unidos habrían de vivir hasta más allá de la vida y de la muerte.

Unas voces contempladas que llegaban del pabellón contiguo vinieron a turbar aquel idilio.

Cenaban allí, junto a ellos, separados únicamente por las entredaderas nobilmente combinadas, unos militares que hablaban en voz alta:

—¿Sabéis quién está ahí, en el reservado próximo? —decía uno de ellos—. El Archiduque con una mujer.

—¿Y quién es ella?

—Pues, ¿quién va a ser? ¡La pequeña Vetsera! —contestó muy irónico otro oficial.

Alzóse de su asiento, como movido por un resorte, Jorge Vetsera, que asistía a aquella cena de compañeros:

—¿No consentiré que el nombre de mi hermana ande en boca de un borracho...! — gritó, rojo de ira—. ¡Te prohibo que...!

—¡Oh, amiguito!... ¿Qué puedes tú prohibirme, si todo el mundo lo sabe? —dijo el otro, saliendo también de su puesto y enfrentándose con aquel joven oficial que le insultaba.

—¡Eres indigno de ser un oficial! —gritaba Jorge Vetsera, queriendo abalanzarse sobre Schomberg, al que detuvieron sus compañeros para que no llegaran a las manos los dos contendientes.

—¡Y tú no eres quién para juzgarme!... Pregúntale a tu hermanita si miento...

—¡Canalla!... ¡Sólo eres valiente para insultar a una mujer!

—Esta misma noche te mandaré mis padrinos y ventilaremos la cuestión en otra forma.

—Está bien... los míos estarán a tus órdenes... Pero yo quisiera ahora mismo arrancarte el alma, por canalla, por calumniador, por infame...

—¡Oh, Dios mío! —murmuraba María, que se había agazapado en los brazos de Rodolfo—. Mi hermano está ahí... Están riñendo por culpa mía... ¡Se van a matar!...

—Cálmate, querida mía, y vete, vete por este otro lado... En el paseo está el coche con el viejo Bradfish... El te acompañará...

—Evita el duelo, Rodolfo...

—Vete tranquila, querida, vete tranquila... Nos veremos más tarde...

María obedeció, y Rodolfo, abriéndose paso entre la gente que se había agolpado al escuchar las voces destempladas de los militares, prometiéndose ya un espectáculo divertido, se enfrentó con los que se estaban insultando y les dijo, imponiéndose por su gesto, su figura, su prestancia y su personalidad:

—¡Teniente Vetsera, ha bebido usted aún más!... ¡Bien se ve en su actitud!... ¡Venga aquí!

—¡Alteza!... —murmuró Jorge Vetsera, humillando la cabeza, arreglándose un poco su pelo destocado y su chaqueta en desorden.

—No necesito a nadie para defenderme y no permitiré que ningún oficial intervenga en un asunto que no atañe a nadie más que a mí. ¡Díez días de arresto mayor! ¡Póngase inmediatamente a las órdenes de su coronel! —ordenó Rodolfo severo, pero digno.

—¡Monseñor! —murmuró Jorge Vetsera saludando militarmente y marchando a cumplir lo que se le ordenaba.

—En cuanto a usted, capitán Schomberg —siguió diciendo dirigiéndose al que había provocado la disputa—, pasará mañana por el despacho del regimiento... aunque no creo sea el lugar más escogido para un oficial de su tacto— añadió, dándole a entender muy finamente que quedaba destituido desde aquel momento.

Cuando también Schomberg se hubo retirado, ante el silencio general en que todo el mundo había permanecido desde que apareciera el Archiduque en escena, se volvió éste a ellos y les dijo en tono jovial:

—¿Qué les pasa, señores? ¿Va a interrumpirse la fiesta por dos locos?... Vamos, amigos, ¿no bailan ustedes?... ¡Denme un vaso!... ¡A la salud del regimiento! — brindó, levantando el vaso espumante de champaña.

—¡A la salud de Vuestra Alteza! — brindaron todos, levantando a un tiempo sus vasos.

—Y ahora, a bailar todo el mundo... ¿Quiere usted concederme unas vueltas de vals, señorita? — preguntó a la que estaba más cerca de él. Y, sin esperar respuesta, tomándola entre sus brazos inició el baile, que pronto fué animándose, logrando así hacer olvidar en un momento un incidente que podía haber terminado en drama.

—Rodolfo... Rodolfo... debes salvar a Jorge — imploraba la lindísima María Vetsera cuando logró llegar hasta las habitaciones de su amado después

de lo acaecido la noche anterior—. Le conozco... No se resignará nunca... Me quiere y se empeñará en saber la verdad. Nada le detendrá... Se batirá sin duda y será herido... ¡muerto tal vez!...

—Cálmate, mi vida, por favor... Le hablaré luego... Iré yo mismo a verle... Le contaré toda la verdad... Pero cálmate...

—Monseñor — interrumpió el viejo Loscheck, que era el cómplice más fiel que Rodolfo tenía en aquel amor que le había devuelto la vida, la esperanza y las ilusiones—. Me permite recordar a Vuestra Alteza que os esperan en el Salón de audiencia.

—Es verdad... Unas visitas que atender... Espérame, María, no te marches... Un cuarto de hora nada más y estoy de vuelta... Espera aquí misma.

María obedeció. Si ella se hubiera dejado llevar de sus sentimientos, no se hubiera movido nunca de allí. No le costó trabajo, pues, quedarse, porque en alma permanecía siempre entre aquellas paredes, aun cuando ella se ausentaba.

Loscheck arregló algunas cosas por la habitación.

—Debería ponerse el abrigo, señorita. Este viejo edificio tiene corrientes de aire y, si se enfriá usted, Su Alteza no me lo perdonará jamás.

—Gracias, Loscheck... es usted muy amable.

—¡Oh, no, señorita, no me conoce usted!... Pero llaman... Ocúltese ahí, tras ese biombo — suplicó Loscheck, mientras se dirigía a la puerta para abrir.

Era la Emperatriz.

—Que Vuestra Majestad me perdone, pero Su Alteza recibe hoy en el Salón de audiencia — dijo el fiel Loscheck, queriendo evitar que la Emperatriz entrara en las habitaciones del Archiduque.

—Bien... Dile que vine a preguntar por su salud... Pero no, mejor será que le deje escritas unas líneas en su despacho.

Entró la Emperatriz decidida y se encontró frente a María, que se inclinó en una cortésana reverencia.

—¡Oh, discúlpame por molestarla, señorita! — exclamó la Emperatriz, mirando con simpatía a aquella criatura de la que tanto había oído hablar y a la que conocía—. Deseaba tener noticias de la salud de mi hijo... Usted, que vive más cerca de él que yo, dígame. ¿qué aspecto tiene? — preguntó con interés de madre.

—Parece un poco enfermo y fatigado, señora — contestó María. Y, corriéndose inmediatamente, volvió a hacer una reverencia y dijo:—: Vuestra Majestad...

—¡Pobre Rodolfo!... ¡Pobre hijo mío!... No sirve para esta vida de ficción y de engaño... En todo corazón y la Corte no es lugar propicio para las

expansiones del alma... No la había visto a usted nunca, señorita — siguió diciendo la Emperatriz con una gran simpatía hacia aquella dulcísima criatura—. Pero sé cuánto le ama... Siéntese, siéntese a mi lado. Estoy contenta de haberla conocido. Es usted más bonita aún de lo que me habían dicho... ¡Y qué joven es usted!... ¿Cuántos años tiene? — preguntó la Emperatriz, acariciando la mano de María como lo hubiera hecho con la de una niña.

—Diecisiete años, señora — contestó María bajando los ojos, ruborosa ante las palabras de la Emperatriz.

—¡Diecisiete años!... A esa edad ya era yo desgraciada — murmuró con un suspiro de angustia—. Sólo que... entonces era joven y tenía esperanzas... ¡Debiéramos morir jóvenes, cuando la esperanza ilumina nuestra vida!... Luego, ya no somos más que sombras que nos vamos deslizando por el mundo, cuando se apaga esa luz... Pero perdóneme, me he puesto a soñar en voz alta, como alguien que vive hace mucho tiempo en la más completa soledad... Vivimos en un palacio triste y nos va contagiando a todos sus tristezas... No deje que ellas entren también en su alma, pequeña... Permítame que la abraze antes de separarnos, hija mía. Ha entrado usted en mi corazón — dijo la Emperatriz, abrazando tiernamente a María y besándola con un beso maternal que emocionó a la chiquilla.

Aquellas dos mujeres, con sólo mirarse, dejando hablar alto a sus corasones, se habían comprendido en los breves minutos de una entrevista inesperada.

...

El Archiduque Rodolfo cumplió la promesa que había hecho a su amada. Seguro del paso que iba a dar, se personó en la celda donde Jorge Vetsera cumplía su arresto.

—¡Alteza! — exclamó el muchacho, sorprendido ante la visita del Príncipe.

—He de hablarte, Vetsera... Quiero que ese duelo que tienes concertado con Schomberg se evite a toda costa.

—¡Imposible, monseñor!... Me ha ofendido... Ha calumniado a María.

El Archiduque calló breves instantes. Se acercó más al prisionero, le miró fijamente a los ojos y con tono grave le dijo:

—¿Y si Schomberg hubiera dicho la verdad?...

—¡Alteza!... ¡Voa!... ¡Oh, no acierto a comprender!... ¡Eso no es posible, monseñor! — exclamó Jorge turbado, encendido el rostro en vergüenza, humi-

llado por no poder vengar aquella afrenta que venía del Príncipe.

—Escucha, Vetsera, escucha con calma — siguió diciendo Rodolfo, que estaba decidido a confesarse con el muchacho — Amo a María, es cierto... la amo como no he amado a nadie en el mundo... Hasta que la conocí, no supe lo que era amor... Antes... pero ¿para qué hablar del pasado?... Ni tú mismo lograrías comprendermelo, Vetsera. Y es ella quien me ha salvado de aquella vida espantosa, con su alegría, con su juventud, con su amor; con ese amor hecho de panita y de inocencia; con ese amor que la ha soportado todo sin vacilaciones y sin exigencias... ¿Podía rechazar yo, el príncipe desdichado, la felicidad que así se me ofrecía?... Nada me pertenece en el mundo... ni yo mismo me pertenezco, porque me debo a las exigencias de la Corte... ¿Debia renunciar a lo que tan generosamente se me daba? ¿O es que púnsa, como los demás, que un Príncipe nada puede desear, nada puede apetecer? ¿Que porque he nacido de Emperador ya no puedo ni debo tener derecho al amor?... ¡Oh, sí, justa, Jorge!... No quieras vengar una ofensa que no existe... María y yo nos amamos... María es mi mujer... lo será pronto a los ojos de todo el mundo... He pedido a Roma dispensa para mi matrimonio y, cuando sea libre, me casaré con María... Te doy mi palabra de honor — dijo el

Archiduque Rodolfo, tendiendo la mano a Jorge Vetsera, que le había escuchado en silencio y en cuyos ojos leía el Príncipe la comprensión para una falta que sólo el amor le había inducido a cometer.

—Oa creo, monseñor — replicó Jorge, estrechando la mano que se le tendía.

Y en aquel apretón de manos los dos hombres, sintiendo ambos la sinceridad del momento, supieron comprenderse y perdonarse.

Horas después, Rodolfo se hallaba frente a frente con su padre, en el despacho particular imperial.

El Emperador exigía de su hijo la inmediata ruptura con María Vetsera.

—¡Imposible, padre mio!—exclamó Rodolfo.

—¿Imposible?... ¿Y si te lo ordeno? — preguntó con energía el Emperador.

—No obedeceré — replicó en igual tono el Príncipe— Abdicaré... No me importa el poder... y jamás sacrificaré por él a María, jamás cambiaré por él nuestra mutua felicidad.

—No tienes derecho a hablar así. No eres libre. ¿Dos naciones confían en ti y no vas a arruinarlas por complacer un capricho tuyo?

—¡La amo y pasaré por encima de todos los obstáculos! — afirmó Rodolfo, que no estaba dispuesto a dejarse vencer.

—Si de veras la amas, renunciarás a ella... Hay conventos de los que no se sale nunca... — insinuó el Emperador como una amenaza.

—¿Osarías semejante desatino? — preguntó el Archiduque sintiendo que la sangre se le helaba en las venas ante la magnitud del crimen que encerraban las palabras del Emperador.

—Sea como sea, esa unión ha de quedar suprimida...

—Reflexionad, padre mio, os lo suplico... Es mi vida la que me exigís... Es mi vida la que me arrancáis si arrancáis a María de mis brazos...

—Eso no es más que un capricho...

—Un capricho que para María y para mí es de vida o muerte — repitió Rodolfo en un tono grave y profundo.

—Tu harás lo que quieras... La única alternativa que hay ante ti es ruptura o convento... Elige.

—Todavía queda una tercera solución — dijo Rodolfo con la mirada perdida a lo lejos, en aquellas lejanías a las que antes iba con tanta frecuencia y a las que únicamente él podía llegar.

—¿Qué quieres decir? — preguntó

el Emperador mirando con fijez a su hija.

—Nada que pueda inquietaros, padre mío.

—¿Obedecerás mi mandato?

—Únicamente os pido que me dejéis verla una sola vez.

—La verás esta noche, en el baile de Palacio.

—No... quiero verla a solas.

—Está bien, te concedo veinticuatro horas; pero, después de este plazo, no se hablará ya más del asunto... ¿Me das tu palabra?

—Palabra de honor, padre mío...

Rodolfo había decidido su suerte.

Aquella noche, en el baile que daba la Corte en Palacio, aparecieron la Baronesa Vetsera y sus dos hijas, Ana y María. Estaba la chiquilla bella como una diosa, resplandeciente de dicha, inundada por la luz interior que le daba su amor, aquel amor que llevaba hincado muy hondo en su pecho y que se le asomaba a las pupilas como una maravilla incomparable.

Las murmuraciones se fueron propagando por todos los salones. La presencia de las Vetsera en el Palacio Imperial era más de lo que podía esperar aquella Corte ávida de escándalos. Y todos los ojos se posaban en María que, ausente, pensando sólo en su propio amor, no se daba cuenta de nada y aguardaba el divino momento de ver aparecer a su muy amado en medio de la gran sala cortesana en la que hasta hoy no le había sido permitido verle.

Cuando Rodolfo apareció siguiendo a su padre, que llevaba del brazo a la Princesa Estefanía, la pequeña Vetsera palideció intensamente y, al hacer la reverencia de ceremonial, alzó con disimulo los ojos hasta cruzarlos con los de Rodolfo para encontrar en ellos fuerza para contener la emoción que la embargaba.

Cuando el Emperador y los Príncipes hubieron llegado hasta el trono, el maestro de ceremonias indicó a Rodolfo que era él quien debía abrir el baile. La Princesa Estefanía creyó que su marido la sacaría a bailar, conforme al ritual establecida, pero Rodolfo, guiado únicamente por el empuje de su alma, bajó las gradas del trono, cruzó el salón con paso firme y, llegando frente de María Vetsera, se inclinó ante ella y le dijo con voz firme:

—¿Queréis concederme el honor de abrir el baile conmigo?

María sonrió con la más deliciosa de

sus sonrisas y apoyó con gracia su manecita breve en el brazo que el Archiduque le ofrecía, mientras la Baronesa madre se quedaba admirada de la distinción que se hacía en público a su hija menor.

— ¡Monsieur!... — dijo María en voz alta, para que la oyeran, y luego, bajando mucho el tono para que sólo pudieran escuchar sus palabras los oídos de monseñor, le dijo quedito: — ¿Qué tal, amor mío?

— ¡María, eres un milagro de belleza esta noche! — exclamó Rodolfo, cogiéndola entre sus brazos al momento de bailar el vals que había iniciado la orquesta.

— Soy feliz... ¡estoy loca de alegría!... Ahora no comprendo cómo he podido vivir sin conocerte... Antes, no sabía nada de la vida... no sentía nada... no conocía nada... no existía aún... Pero tú me has hecho vivir, tú me has despertado a la maravilla de la vida, tú me has hecho conocer todo lo que tiene de más bello el amar... ¡Rodolfo, te lo agradezco tanto!

— ¡Oh, calla, calla! — murmuró éste con un gesto de pesadumbre que alarmó a la pequeña Vetsera.

— ¿Qué sucede?

— Escucha, María... Tú dices que me amas mucho, que no puedes vivir sin mí... Y... ¿si fuera preciso que yo me marchara?...

— Te esperaría — replicó la niña con naturalidad.

— No... que me marchara lejos... muy lejos... para mucho tiempo... — insistió Rodolfo en tono grave.

— Pues te seguiría — dijo ella, como si fuera la cosa más natural del mundo.

— ¿Y si eso fuera imposible?

— ¿Imposible?... ¿Por qué?... Te seguiría siempre, fuera donde fuera...

— ¿Aunque fuera donde no se vuelve ya más? — inquirió el Archiduque, mirando en lo profundo de los ojos de su amada.

Abriéronse mucho aquellos ojos negros, brillantes y expresivos, abriéronse en una expresión de infinita ternura, de entrega total y absoluta, y contestó con la misma naturalidad con que había contestado a las otras preguntas:

— Contigo, sí.

Rodolfo la estrechó más íntimamente y siguieron danzando en un arrebatado loco y apasionado, al compás de la música, que parecía arrullarlos y envolverlos en su armonía.

La Princesa Estefanía estaba lívida de coraje, y, si no hubiera sido por el Emperador, hubiera ya dado un escándalo. Pero el Emperador la había detenido por el brazo y le había dicho en tono convincente:

— Serenata... No olvidéis que sois la Archiduquesa de Austria...

Y luego, el Conde Taaffe la había sa-

cado a bailar y le había dicho, vertiendo en sus oídos el consuelo de sus palabras:

—No olvidéis que es la última vez que os ven... Y que vos sois la más fuerte... Esa pequeña ya no os estorbará mucho tiempo...

Así había podido Estefanía aguantar aquel bafetón que en público le daba su esposo y que no sería el único que recibiría aquella noche, pues Rodolfo estaba dispuesto a humillar a su mujer y a hacer triunfar en público el único amor sincero de toda su vida.

Al terminar el baile, Rodolfo tomó a María de la mano y le dijo dulcemente:

—Permitidme que os presente al Emperador... Quiero que os conozca esta noche...

Y, acercándose al trono, mostró a María y dijo al Emperador:

—Majestad, os presento a la Baronesa María Vetsera, cuyo destino ha decidido Vuestra Majestad.

—Sois muy bella, señorita — dijo el Emperador, mientras la niña hacía la reverencia de corte —, y vuestra belleza y vuestra juventud os permiten aspirar a todo...

—Vuestra Majestad me halaga — replicó María, mientras tomaba de nuevo el brazo de Roberto, que la condujo hasta el lado de su madre.

La fiesta continuaba, pero ya Rodolfo preparaba la huida. Había dado in-

trucciones a María y ahora buscó entre la multitud a su fiel amigo el Conde de Hoyos, y le dijo:

—Necesito un pretexto cualquiera para huir de Viena durante veinticuatro horas... Prepara lo que quieras... Una partida de caza, por ejemplo; pero no quiero a nadie más que a ti y a Felipe...

—¿Una partida de caza...? ¿En Mayerling? — preguntó Hoyos, para orientarse mejor.

—En Mayerling — contestó el Archiduque afirmativamente.

La Princesa Estefanía, no pudiendo soportar por más tiempo el desagradable papel que le hacía representar su marido, pidió permiso al Emperador para retirarse y, habiéndole sido concedido por él, del brazo del Conde Taaffe, cruzó las salones entre las reverencias cortesanas de la multitud. Un momento se detuvo frente al grupo formado por la Baronesa de Vetsera y sus dos hijas, Ana y María, y sus miradas se cruzaron con las de ésta que permaneció altiva, rígida, sin inclinarse, frente a aquella mujer que no había sabido dar ni un minuto de felicidad al hombre por el que ella dió gustosa su vida entera.

—¡Estás loca! — le dijo su madre, cuando la Princesa, sin decir palabra, en medio de la expectación general, se hubo retirado.

Pero María ya no oía nada, ya de

nada se enteraba, pues en sus oídos resonaban únicamente las palabras de Rodolfo que le había dicho, dándole instrucciones:

—En Mayerling...

...

Nunú, la fiel y vieja Nunú, acompañaba a María de mala gana en aquella escupatoria nocturna, sin comprender bien qué era lo que iba a hacer su niña a aquellas horas. Había vuelto del baile un poco pálida. La había obligado a desvestirla rápidamente y a ponerle un vestido de viaje, y la había hecho envolverse a ella en su capa para que la acompañara hasta la esquina de la calle, donde aguardaba el coche del Archiduque con Bradfish en el pescante.

—Me vas a volver loca con tus amoríos — decía la pobre vieja—. ¡Mira que salir a estas horas de casa!... No debí ayudarte... Me dice el corazón que no debería ayudarte esta vez.

—No te preocupes, Nunú, y sobre todo no me rías hoy — replicó María dulcemente, con una sonrisa de inefi-

ble dicha—. Tú no sabes... ¡hoy es el día azal de mi vida!... ¡El más bello, créeme!... Mira, ya hemos llegado... Aquí está mi buen Bradfish... y aquí nos separamos tú y yo... Adiós, Nunú querida... Espera, espera un momento... He de pedirte algo muy importante... Sí, toma, esta carta; se la entregarás a mamá... pasado mañana mismo, pero no antes... — dijo María, entregando a Nunú una carta que sacó del pocho y que besó tiernamente, como si fuera el beso de despedida que enviara a su madre en silencio.

—¡Dios mío!... ¡Dios mío, me das miedo! — exclamó Nunú viendo en el rostro de su niña una extraña expresión de misterio y de ansiedad—. Díme... ¿no vas a hacer nada malo?

—¿Malo?... —sonrió María con su dulcísima sonrisa—. ¡Oh, no, al contrario!...

—¡Júramelo! — insistió la vieja.

—Todo lo que yo haga estará bien hecho, Nunú, está justo... te lo juro... ¡Adiós, Nunú!

María subió ligera al coche y Nunú le vió alejarse con un extraño presentimiento en el alma, como si algo le dijera que ya no volvería a verla más.

Mientras la Baronesa de Vetsora y su hijo Jorge, angustiados por la desaparición de María, acudían en demanda de ayuda al Conde Taafé, Rodolfo y María vivían horas de intensa felicidad en Mayerling.

—¿Cuál?... ¿Qué capricho es?

—Que seas tú solo quien elija... el lugar donde habremos de vivir para siempre unidos en nuestro amor...

—Sí, María, tranquilízate... Todo está ya previsto y pensado — contestó Rodolfo.

La condujo así en brazos hasta el amplio comedor del castillo donde les esperaban el Conde de Hoyos y el fiel Felipe. Se sentaron a la mesa y se sirvió la cena.

—¿No echas de menos a tus ring-ras? — preguntó María festivamente a su amado.

—No, Bradfish vale por una tribu de ellos — contestó Rodolfo, siguiendo la broma, y mirando a Bradfish que amenizaba la velada tocando el acordeón.

Loscheck entró en aquel momento, portador de un mensaje:

—Señor... ha llegado un correo de Viena anunciando haberse recibido ya la anulación de vuestro matrimonio.

—¡Llegó a tiempo! — suspiró Rodolfo, temblando—. No te vayas, Loscheck, y tú tampoco, Bradfish... Tomad un vaso cada uno... ¡Quiero que todos bebáis a mi salud!

Y, en alto su copa, dijo con voz firme:

—¡A vuestra salud, amigos míos!

—¡A la salud de Vuestra Alteza! — replicaron los otros.

—No... no... quiero hacer otro brin-

—¡María!... ¡María!... prepárate, que voy a buscarte... ¡Escóndete para ver al doy contigo! — le gritaba en aquel instante, Rodolfo.

Rió la niña como una chiquilla loca y se agazapó tras la balaustrada de la escalinata. Rodolfo fué a su encuentro, la cogió entre sus brazos y la besó tiernamente:

—¿A eso le llamas tú esconderse? — le preguntó, abrazándola de nuevo.

—¡Si no me has dado tiempo! — replicó ella, mimosa.

—Aunque te hubieras escondido en el rincón más misterioso del parque, hubiera dado contigo... Conozco todos los rincones de Mayerling — dijo Rodolfo.

—¡Mayerling!... — suspiró ella—. ¡Mayerling!... Parece un nombre de cuento de hadas...

Y un ligero temblor le agitó el cuerpo.

—¿Tienes frío? — inquirió él cubriéndola con su brazo.

—No, no... Solamente... quisiera pedirte una cosa... — murmuró ella con voz tenue.

día mejor — añadió Felipe mirando a María, que sonreía llena de felicidad—. ¡Por la feliz pareja! ¡Por los más fieles amantes! ¡Amor, dicha y larga vida!...

Chocaron todos las copas, mirándose los dos enamorados en los ojos, buscando en ellos la mutua dicha y encontrando cada uno en las pupilas del otro reflejada su propia imagen, símbolo de que su amor no había de morir jamás.

Y, cuando una hora más tarde, después de haber arrojado al fuego que crepitaba en la chimenea, un montón de papeles que constituían un recuerdo

de su pasado, que destruía así para siempre, se acercó Rodolfo al lecho donde ya estaba descansando la dulce niña que le había enseñado las delicias del verdadero amor, se inclinó hacia ella para besarla y le dijo en un suspiro:

—¡María, ya somos libres, eternamente libres!

—¡Qué feliz soy! — murmuró ella perdiéndose en el abrazo que le daba su amado—. Al fin, realizaremos nuestro sueño... con el consentimiento de Su Majestad. Abrázame, Rodolfo, abrázame, así... más fuerte aún... más fuerte... ¡Así!... ¡Para toda la vida!...

FIN

NÚMEROS PUBLICADOS

SERIE TRIUNFO

- N.º 1 Entre esposa y secretaria
por Jean Harlow, Clark Gable y Myrna Loy
- N.º 2 El capitán Blood
por Errol Flynn y Olivia de Havilland
- N.º 3 Prisionero del odio
por Warner Baxter y Gloria Stuart
- N.º 4 Madre Alegría
por Ann Leyva y Gaspar Campon
- N.º 5 Diego Corrientes
por Pedro Tena
- N.º 6 Una chica de provincias
por Janet Gaynor y Robert Taylor
- N.º 7 La esposa de su hermano
por Robert Taylor y Barbara Stanwyck
- N.º 8 Aula de señoritas
por Simone Simon y Herbert Marshall
- N.º 9 Esposa anónima
por Robert Taylor y Loretta Young
- N.º 10 Miguel Strogoff o El Carro del Zar
por Adolfs Wohlbruck, Yvette Lebon y Charles Vanel
- N.º 11 Canción de Cuna
por Dorotea Wieck
- N.º 12 Los pecados de los hombres
por Jean Hersbult y Don Ameche
- N.º 13 Víspera de combate
por Annabella y Victor Francen
- N.º 14 La contraseña
por Robert Taylor y Barbara Stanwyck
- N.º 15 Lloyds de Londres
por Tyrone Power Madeleine Carroll y Freddie Bartholomew
- N.º 16 Redención
por Warner Baxter, Wallace Beery, Elizabeth Allan y Mikey Rooney

N.º 17 Bajo el manto escarlata

por Annabella y Conrad Veidt

N.º 18 El canillita y la dama

por Rosita Moreno y Luis Sandrini

N.º 19 Sueños de príncipe

por Charles Boyer y Danielle Darrieux

SERIE FAMILIAR

LA PEQUENA VIGIA, por Shirley Temple.

LA POBRE NIÑA RICA, por Shirley Temple.

SERIE «PRODUCCION NACIONAL»

MARIQUILLA TERREMOTO, por Estrellita Castro.

EL RAYO, por Rafael L. Somoza, Mercedes Prende.

LAS TRES GRACIAS, por Fuensanta Llorente, Carmen de Lucio y Luchy Soto.

LA LINDA BEATRIZ, por Emilia Aliaga y Fernando de Granada.

LA CASA DE LA TROYA, por Tony de Algy e Isa de Navarra.

LA DOLORES, por Conchita Piquer.

SANTA ROGELIA, por Rafael Rivelles, Juan de Landa y Mimi Muñoz.

EL HUESPED DEL SEVILLANO, por Luis Sagi Vela y Marta Ruel.

LA GITANILLA, por Estrellita Castro, Juan de Orduña y Antonio Vico.

LA MARQUESONA, por Pastora Imperio.

EL GENIO ALEGRE, por Antonio Vico.

EL REY QUE RABIO, por Raquel Rodrigo.

SERIE TREBOL (3 argumentos en 1 tomo).

EL SECRETO DE CHAN - CHARLIE CHAN EN LA PISTA - CHARLIE CHAN EN LA OPERA.

CUANDO ME SIENTO FELIZ - NOCHE DE ESTRENO
- LAS CUATRO REVOLTOSAS.

EN PREPARACION:

EL CORREO DE NAPOLEON, por Vittorio de Sica.

SU MAYOR AVENTURA, por Tony de Algy.

PAPA LEBONNARD, por Pierre Brasseur.

FUERA DE SERIE

LA ROSA DESHOJADA. (Vida de Santa Teresita del Niño Jesús), por Jacqueline Farrell y el niño Gabriel Farguette.

LA BANDERA. (Legionarios del Tercio), por Annabella y Jean Gabin.

CANCIONERO DE ESPAÑA. (Recopilación de canciones de gran éxito).

CANCIONERO CRIOLLO. (Selección de canciones argentinas).

CANCIONERO CASTIZO. (Selección de canciones de éxito).

CANCIONERO ANDALUZ. (Canciones modernas de gran éxito).

LAS MEJORES NOVELAS
CINEMATOGRAFICAS

EN LAS PUBLICACIONES MAS ANTIGUAS
EN SU GENERO

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis
Barcelona

Corresponsales en toda España

